



GERONIMO PATUROT.

M

GERMANO PATRICK

197

R. 14758

ROLL
ger

GERONIMO PATUROT

EN BUSCA

DE UNA POSICION SOCIAL.

POR

HIPOLITO ROLL.

VERSION

de D. José Aguirre.

TOMO IV.

MADRID, 1845.

IMPRESA DE T. AGUADO.

82701 A

GERONIMO PATUROT

EN BURSA

DE UNA POSICION SOCIAL

FOR

MIROLITO ROLL

VERSION

de D. José A. Martínez

TOMO IV

MADRID, 1842

IMPRESA DE T. A. BARRA

XVII.

La espía rusa. — El empréstito á la fuerza. — La casa de la edad media. — Una crisis ministerial.

Desde que llegué á los honores de la diputacion, mis relaciones con la princesa de Flibustofskoi tomaron un carácter molesto. La palatina no podia ya pasarse sin mí; y cuando yo dejaba de ir á verla, enviaba á buscarme. De todo estaba celosa; de mis comitentes, de mi muger y hasta de mis trabajos parlamentarios. Era preciso darla cuenta de mis menores pasos, de mis incomodidades y mis alegrías, de mis

relaciones con mis colegas, de mis entrevistas con los ministros. En este último punto era sobre todo insufrible. Si por desgracia me era infiel la memoria, me acosaba à preguntas y me hacia sufrir un interrogatorio.

—De dónde venis? me decia poniendo un gesto que la sentaba muy bien. Os vais echando à perder, Gerónimo! Una visita à las diez de la noche! Eso se llama entenderlo, caballero!

—Vaya! Catinka, perdóname, respondia yo con un aire enteramente suniso, me ha detenido el ministro de.....

—Ah! venis de casa del ministro, añadia mi bella con un meneo de cabeza acusador.

—Si, querida, si, de casa del ministro: hemos estado doce colegas, un pequeño comité, una reunion escogida. La cosa ha ido à las mil maravillas: se trataba de conquistar tres votos que andaban vacilantes, pero todo ha salido bien: ese diablo de N.*** es tan hábil!

—Algo me ocultais, Gerónimo! á la lengua se conoce á vuestro ministro; os parecerá que no sabemos aquí sus medios de influencia?

—Vamos, no vayas ahora á estar celosa, Catinka, eso es ridículo, por vida mia, añadia yo cogiéndola la mano.

—Nada de familiaridades, caballero! Un ministro anda en la danza? vaya un conocimiento hermoso! Y á esto es á lo que nos sacrificais? exclamaba ella derramando abundantes lágrimas.

Jamás he comprendido ese don que poseen las mugeres de convertir sus ojos en fuentes; este espectáculo me ha causado siempre una profunda emocion. En él la belleza gana y el sentimiento no pierde.

—Pero divina, la decia yo, es una locura aflijirse asi. Tú eres siempre mi princesa, mi sola y única palatina; tú eres mi tesoro y mi alegria, mi diamante y mi perla, mi andaluza de tez sonrosada.

Así prodigaba yo las ternuras, y agotaba mis reminiscencias en poesía romántica, pero nada conseguía con esto.

—Gerónimo! Gerónimo! murmuraba la princesa, dejando correr de nuevo el mantial de sus ojos, os perdereis con vuestros ministros; son unos libertinos, unos...!

—Nada de eso: querida mía, esta noche todo ha ido con mucha formalidad; ni un dicho picante, ni una palabra que pudiese escitar la risa: la conversacion ha girado sobre la alta política y nada mas.

—Sí, siempre decis eso: sobre la política de los bastidores, no es verdad?

—Sobre la mas alta política, Catinka! sobre la cuestion de Oriente, sobre todo lo que hay mas complicado y mas raro. Parece que pasan cosas terribles.

—Pero ahora no se trata de eso; todo lo meteis á barato, Gerónimo.

—Nada de eso, encantadora, es la pura verdad. El jóven Gran Turco se conduce mal;

los bimbachis y los topbachis no son para nosotros lo que debian ser: hay tambien un kaimakan que se emancipa, y un capitan pachá que hace de las suyas. El embajador ruso está metido en el ajo, y el horizonte se cubre por todas partes de nubes. Todo esto da en qué pensar á nuestro primer ministro.

—Bonitas mentiras! cuando inventeis un cuento, caballero, tratad al menos de que sea verosimil. Bimbachis, topbachis, kaimakan; qué gerga es esa?

—Yo me entiendo, amada mia, es el lenguaje de la alta diplomacia. Se ha dirigido un *ultimatum* á ese jóven Gran Turco, y si no le acepta, nuestro embajador saldrá de Constantinopla. No tienen que andarse en chiquitas los bimbachis: no daría yo cincuenta céntimos por los kaimakan en el estado de las cosas.

Una vez traída la conversacion á este punto, no me detenía ya; nada hay que favo-

rezca á la improvisacion como hablar de cosas que no se entienden. Veia aplacarse, calmarse poco á poco á mi princesa; el hielo se derretia al fuego de mi palabra; dejaban de correr las lágrimas, se animaban los ojos, recobraban sus colores las mejillas, y su sonrisa los labios. Esta mudanza se efectuaba por graduaciones, por matices, hasta que dejando caer su bella cabeza sobre mi espalda proclamaba ella misma mi triunfo. «Vamos, decia, picaruelo, acercaos que estais perdonado.»

Sin embargo, debo confesar que, á pesar de la pasion desenfrenada de que era objeto, mis relaciones con la palatina no duraban sino á mucha costa. El emperador Nicolas no habia querido ceder de sus rigores; cuando supo que una Flibustofskoi se juntaba con un miembro de la cámara de los diputados de Francia, su cólera no conoció limites; y mandó hacer un secuestro provisional de los ciento treinta y dos mil carneros de la princesa, lo cual cambiaba

de medio á medio la situacion de aquellos animales. Mi caja disminuia asi de solidez, superando las hipotecas del emperador á todas las demás. Por lo tanto, poco á poco se habia aumentado la deuda de veinte mil en veinte mil francos, habiendo llegado á ciento sesenta mil; lo que no dejaba de hacer una brecha considerable en mi fortuna. La conducta del feld-mariscal Tapannowich conmigo era muy variable. Cuando la palatina hacia una sangria á mi gabeta, el rostro del tártaro estaba por espacio de quince dias en un estado de expansion; pero á medida que los fondos bajaban, las atenciones eran mas bruscas y las miradas mas feroces. Durante el último billete de mil francos, el pandour estaba insufrible; veinte veces estuve para pedirle una explicacion.

La princesa intervenia entonces y me contaba escenas de la vida moscovita, era una dramática consumada. La pobre criatura estaba condenada, por haber desobedecido al

emperador, á tener á su lado al feld-mariscal de la desgracia, que respondia de ella con su cabeza á las autoridades rusas. Cuando estaba sombrío era porque eran mas rigorosas las órdenes que le habian llegado de Rusia; cuando estaba mas humano era porque la familia de la princesa habia intervenido con el czar, y esperaba obtener su perdon. Estas épocas felices y desgraciadas se sucedian de tal modo, que yo creia á cada instante tener las trescientas veinte y dos mil reses que debian reembolsarme de mis adelantos: pero á medida que alargaba la mano para coger mi presa, el cruel emperador fulminaba un nuevo ukase que mantenía aquel ganado bajo la dependencia política de la corona. Los carneros eran trasquilados por cuenta del estado, y yo cada dia lo era mas por la princesa. Empezaban á asaltarme ya algunas sospechas dolorosas; pero, qué hacer? enviar un ugiar para que se apoderase del ajuar á las márgenes afortunadas del Don!

Otros obstáculos venían á juntarse á este: la casa de la edad media estaba concluida, el arquitecto habia dirigido los trabajos con una rapidez asombrosa. El edificio era estremadamente ridículo; en él habia prodigado el artista las flechas, las campanillas y las cristalizaciones exteriores. Las ventanas ojivales contrastaban con el aire moderno del edificio, y con la blancura de la fachada. Esto constituia en conjunto una caricatura del peor gusto, una reminiscencia sin gracia; sin embargo, el arquitecto parecia triunfar en su barba: contemplaba su obra con el enagenamiento y el éstasis de la paternidad.

—Voto á brios! exclamaba, he aquí un monumento acabado: por San Pancraccio que sí!

—Caballero, le respondí yo, tratando de distraerle de su contemplacion. Será preciso reunir las cuentas de los materiales á fin de saber á qué precio me cuesta.

—No, voto á brios! nadie se ha encontrado con el ojival *rutilante* á ese grado: es mejor

que los originales! Mr. Paturot, dice, volviéndose hácia mí, aunque hubiera tenido que alojar á un primer síndico, no hubiera hecho una cosa mejor; respirareis por la mejor ojiva que ha trazado jamás el compás humano: feliz mortal!

—Pero, señor....

—Hablan de la casa del platero de Bourges, de la torre de Santiago, del Matadero, de los baños termales de Julian, pero nada se puede comparar con esto, caballero: mirad de qué buen efecto son esos balaustres!

Costóme el mayor trabajo inspirar al artista entusiasta ideas mas positivas. Confrontamos las diversas memorias á fin de tener el número exacto del total. En adelantos de diversas clases, habia desembolsado yo mas de cuatrocientos mil francos, y debia aun ciento cincuenta mil. Una casa, pues, muy incómoda, muy estrecha, muy mal distribuida, iba á costarme cerca de quinientos sesenta mil francos. El presupuesto primitivo no ascen-

dia mas que à doscientas mil; pero en empezando à construir, nunca se acaba, y por el arte romántico menos que por el metódico. Tenia una casa para mí, y un almacén enteramente nuevo; pero en cambio contenia mi bolsillo seiscientos mil francos de menos. Esto era un lancetazo atroz.

Por un momento creí que la Providencia me enviaba una compensacion inesperada. Hacia algun tiempo que circulaban rumores sordos por los bancos de la cámara; todo el mundo se reunia en grupos, charlaban aqui y alli por los pasillos, y en diversos puntos se entregaban á animadas conversaciones. Este barullo me inquietaba poco; tenia la conciencia demasiado tranquila para que nada viniese à turbar mi horizonte parlamentario. Fijos los ojos en el banco de los ministros, votaba, aplaudia, murmuraba como ellos. Eran felices? yo tambien lo era, estaban tristes? yo tambien lo estaba. Habia tomado hábitos regulares de obediencia y de abnega-

cion; esto habia llegado á formar una parte de mi ser, una parte de mi vida. Por lo demas podia ya caminar solo, ya no necesitaba ni consejos, ni lecciones. Habia en esto la doble ventaja de emancipar manifiestamente mi libre albedrío, y de evitar las articulaciones del peligroso vecino que me habia ilustrado al principio de mi carrera. Desde entonces gocè de una completa seguridad, y en medio de mi yugo voluntario, de una cierta independencia.

Asi es, que me sorprendió extraordinariamente un dia que llegué bastante temprano á la cámara, verme saludado por mi antiguo Mentor de una manera misteriosa.

—Colega, me dijo, podeis concederme una entrevista de unos minutos? tengo que hablaros de un objeto que os interesa.

—Con mucho gusto, le dije, sorprendido de su aire discreto y enigmático.

—Venid, añadió.

Y me llevó fuera del salon de las sesiones

à una de las oficinas entonces desiertas.

—Colega, me dijo entrando en materia, voy á haceros una proposicion que os parecerà estraña. Quereis pasaros con nosotros à las filas de la oposicion?

Retrocedí algunos pasos como si hubiera puesto el pie sobre alguna culebra.

—De la oposicion? le dije.

—No os espanteis, replicò! de la oposicion, si se quiere, de la oposicion con un objeto determinado.

Lejos de satisfacerme esta esplicacion, me ofendiò, é hice vanos esfuerzos para contenerme.

—Por quién me tomais? le dije: yo, Paturot de la oposicion! pero eso es un lazo que quereis tenderme, colega, es una prueba que quereis hacerme sufrir. Ah! eso es indigno.

—No, Mr. Paturot, os hablo con formalidad. La palabra oposicion os asusta, lo veo, pero me explicaré.

Mi interlocutor entró entonces en los pormenores. Una fracción de la mayoría iba á separarse del ministerio en cierta cuestión. La elección del pretesto importaba poco; lo esencial era derrotar al gabinete para heredar las carteras. Cerca de cuarenta diputados eran del complot; su desercion dejaba al partido ministerial en minoría y conducia infaliblemente á lo que en el lenguaje político se llama una crisis. A medida que mi colega me manifestaba así su plan, empezaba yo á cavilar sobre aquella estraña combinacion que ponía la táctica en el lugar de la convicción, y hacia de las funciones mas altas del Estado el objeto de un sitio en regla. No era yo nada escrupuloso, y sin embargo, mi candor se ofendió al oír aquella confianza: mi rostro debía espresar este sentimiento, porque mi interlocutor añadió:

—Y bien! colega, no aprobais nuestro plan de batalla? Con diez votos mas es infalible, y se ha contado con el vuestro.

—No me merezco yo seguramente tan grande honor.

—Escuchad, Mr. Paturot, veo que es preciso no andarse en rodeos con vos. El ministerio no puede resistir aunque le conserveis un voto mas, esto no le salvará. Podeis continuar siendo del partido ministerial, esto procede de un sentimiento laudable, vos le sereis fiel; solo que en lugar del partido ministerial que se va, sereis del partido ministerial que llega. Esta es la única diferencia.

—Eso me parece una sutileza, caballero.

—No, es solamente una prevision. La lista del nuevo ministerio está hecha; aqui la teneis...

Y me la presentó.

—Ya lo veis: todos son miembros de la mayoría, vuestros colegas, vuestros amigos, los que votan con vos. Escuchad, Mr. Paturot; el nuevo ministerio piensa crear una plaza de secretario de Estado por cada ministerio. Son veinte mil francos anuales y estoy seguro

que uno de ellos ha pensado en vos para desempeñar estas importantes funciones.

—Ah! colega...

—Es un pormenor en el que no hubiera querido entrar por no ofender vuestra delicadeza; pero vos me habeis obligado á ello. Ahora os dejo.

El Parto al huir me habia lanzado su dardo; asi es que no tardé mucho tiempo en resentirme de la herida.

—Subsecretario de Estado, me decia yo, subsecretario de Estado, tú, tú, Paturot! oh! oh!

—Al fin fui vencido; entré tambien en la liga. Se presentó una ocasion para votar contra el ministerio y obedecí á la fatalidad. Con el pesar y la esperanza en el alma, deposité una bola negra. Era la primera vez que me encontraba yo en aquellas circunstancias de rebelion; asi es que experimenté muchos remordimientos. El escrutinio fué hostil, la crisis se verifico en

efecto, y el ministerio de la liga entró en posesion de las carteras. Solo dejó de cumplirse uno de los puntos del programa, que era el que me concernia; era claro que se habian burlado de mí.

—Pero me vengué; el gabinete, creado por un complot, no duró mas que cuarenta y ocho horas. Una vez dueños del campo, los vencedores habian entrado en disputa sobre el repartimiento del botin, y habian hecho la gracia de anonadarse unos à otros. Habia faltado el golpe, y debia empezarse otra vez.

XVIII.

**Un balance.—Los recursos del
descuento.**

Habia yo manchado mi hábito de inocencia, votando un dia contra el ministerio, y esta mancha no se pudo borrar. Desde aquel momento me hice sospechoso á la mayoría, única que eleva á los fabricantes de gorros, y da una posicion á los relojeros. Cuando se deja ver á la cámara el espectáculo de una rebelion, es preciso estar sostenido por la conciencia de su fuerza y tener en sí mismo el gérmen de otro mérito que el de la fe-

licidad. Todo hombre mediano que se separa de aquella falange compacta, hace un papel de tonto: deja de estar en las filas del número y no llegará jamás á ponerse en las del talento. Tal era en adelante mi suerte. En un día de error habia visto desaparecer las ventajas de una posición tranquila y segura. Adios beneficios y honores, adios influencia en las oficinas, adios favores administrativos. Con mi candor me era difícil imitar á aquellos de mis colegas, que tenían un pie en cada partido, y que, comiendo á costa del ministerio, se manejaban de modo que cenaban á costa de la oposición; era esto un equilibrio demasiado peligroso para mi pobre cabeza, y una duplicidad de apetito que repugnaba á mi constitución.

Graves cuidados vinieron por otra parte á abrumarme, y no me dejaron ya la libertad de ánimo necesaria para sacar un partido directo y personal de mi situación parlamentaria.

Cuando Malvina dejó la dirección de nuestro comercio para confiarle al primer empleado de la casa, el balance de mis libros presentaba un activo de un millón quinientos mil francos en mercancías, dinero, vales del gobierno y rentas sobre el Estado ó inmuebles. Esto al veinte por ciento producía cincuenta y cinco mil francos. Además de este interés, debían contarse también los productos de la venta que no podían valuar-se en menos de sesenta mil francos libres al año. Sin necesidad del menor esfuerzo y manejando bien mi parroquia, este floreciente estado debía subsistir y aun aumentarse; podía, pues, disponer de ciento cincuenta mil francos anuales sin tocar á mi fortuna. Todas mis liberalidades se fundaron en la impresión que me había hecho este inventario: parecíame que podía escederme y que tenía en la mano un depósito inagotable.

Ignoraba entonces lo que puede el ojo de un principal en el comercio, lo que da su

presencia, lo que su ausencia quita. Mis cálculos estaban basados en la permanencia de una prosperidad que habia desarrollado la vigilancia de Malvina, y que fecundaba su inteligencia. El dia en que ella se retiró, acabóse la actividad en mi almacén: los mancebos continuaron la tarea, pero fria y maquinalmente; el primer empleado como interesado en las ganancias desplegaba mas ardor; pero no habia ya aquella actividad infatigable, aquella gracia, aquel agrado que habia valido à mi muger la parroquia mas rica y hermosa de Paris. En la apariéncia, la casa de comercio era la misma; pero faltaba en ella el fuego sagrado; el genio de la invención el don de atraer, habian huido de alli. Cuando Malvina cogia por su cuenta à un comprador, le vaciaba irremisiblemente los bolsillos, pero sin ella nada habia que se pareciese à esto; no se dejaba de vender, pero no se creaban las ventas. Con Malvina era raro que hubiese lo que se llama en el comercio *généros*

estancados, artículos viejos: ella sabia coger al paso, atraer y cautivar à la gente de lujo y à los bravos campesinos, à quienes todo les viene bien; pronunciaba la palabra mágica de rebaja y vendia sus desechos, haciendo feliz al que los compraba. Era esto un verdadero talento de artista que desapareció de mi almacén con la fada de las ventas. La falta de vigilancia ocasionó en él otras pérdidas; olvidos, créditos onerosos; errores de escrituras y aun sustracciones de géneros. Este concurso de circunstancias influyó gravemente en el conjunto de nuestros negocios; desde el primer año disminuyeron una tercera parte los productos del comercio, y desde entonces fueron siempre à menos.

En medio del torbellino que nos arrastraba à mi muger y à mi, faltábanos enteramente la conciencia de nuestra posición. Malvina habia dejado el almacén à su pesar, y para borrar este recuerdo de su memoria no queria que la hablasen de él. So-

bre mí, pues, recaía solamente aquella responsabilidad; y yo la depositaba con una confianza ciega en nuestro apoderado. Era este un muchacho honrado, pero tímido y débil. Encargado de un manejo de papeles y de fondos considerables, no obraba con la suficiente prudencia ni sagacidad. Muchos de los vales que tomó al descuento perecieron entre sus manos; no sabía elegir entre las escrituras; y el cebo de una ganancia mayor le hizo admitir muchas veces sumas de una solvencia dudosa. Así es que me ocasionó muchas quiebras por cantidades bastante considerables, y consiguió ocultarme aquellas pérdidas por medio de algunas ficciones en las escrituras. Créditos notaria y definitivamente malos figuraron por mucho tiempo en los libros como entradas probables y á título de vales reales. Así se estableció desde el origen de su administración una especie de error que, hasta el último momento, no me dejó entrever toda la profundidad de mis llagas comerciales y rentísticas.

Yo por mi parte trabajaba à mas no poder para empeorar aquella situacion. Por lo que llevo dicho, se ve fácilmente qué mano tan feliz tenia en materia de especulaciones. Mi castillo electoral de Valombreuse me costaba con reparaciones y ensanches cerca de trescientos mil francos. Administrado por mi amigo el notario, me dejaba libres cuatro mil quinientos, uno y medio por ciento, y asi me insinuaban que seria preciso sacrificar tres años de productos para mejorar las tierras. Mi segunda finca era la casa gótica, que me habia costado seiscientos mil francos. El arquitecto habia dispuesto los pisos y las distribuciones interiores tan à la edad media, que todos los inquilinos querian cambios ruinosos y reparaciones sin fin. Aun subiendo mis derechos, podria apenas conseguir que me redituase toda la casa ocho mil francos. Es verdad que me quedaba para mi uso el primer piso y el almacen, pero todo lo mas esto podia considerarse como una imposicion à ra-

zon de dos por ciento. Tambien es verdad que me quedaba el placer de tener campanillas y ojivales, cosas todas inapreciables segun el arquitecto melenudo.

Que me arreglen este triste inventario. Si no lo hacia con algun cuidado, trabajo hubiera costado comprender cómo se me habia ido de las manos mas de un millon y cien mil francos. Sin duda, otros ejemplos han manifestado ya lo que deben esperar los hombres que quieren mejor gobernar el Estado que sus propios negocios; pero no está demas el escuchar una leccion mas en este género. Tenia, pues, en vales inmobiliarios, novecientos mil francos, y sobre merinos del Ukraine mas de cien mil de créditos; total un millon y cien mil francos. Esto, unido à una fraccion, era el capital que habia dejado Malvina à su salida del comercio. Asi fué desapareciendo poco à poco todo el dinero de mi gaveta para amortizarse en adquisiciones poco productivas ò en créditos equivocos. Esta modificacion

profunda del estado de mis rentas, no tardó en recaer sobre el conjunto de mis relaciones comerciales; en lugar de hacer préstamos á los demas, tuve yo mismo que recurrir á ellos. La casa no pagó ya al contado, y desde entonces no estuvo tan bien servida. Empezaron por vigilarla, y sin negarse á negociar, á limitar las negociaciones. Los precios y los descuentos se agravaron con todas las desconfianzas y la reserva en este giro, que traia consigo el no poder hacer los pagos. Desde entonces cambió enteramente el modo de ser de aquella casa; el surtido dejó de ser lo que habia sido, los parroquianos se perdieron poco á poco; el crédito desapareció, y en lugar de tener beneficios, la venta al por menor no dió mas que pérdidas.

Para ocultarme esta posicion, mi apoderado habia puesto en práctica todas las estratagemas imaginables; habia agotado los recursos de la circulacion. Los préstamos sobre fianzas, los créditos abiertos con los banqueros,

vales de deferencia; habia dado escrituras à fin de obtenerlas, y se habia entregado en grande à esa fabricacion de papel timbrado, que tan pronto conduce à la ruina de un establecimiento. Solo un golpe terrible pudo detenerle en esta pendiente: tuvo una quiebra de trescientos mil francos, de los cuales respondia sobre el primer endosador: era preciso reembolsar los protestos ó hacer un papel muy malo. Imposible encontrar aquella suma en un simple billete; se necesitaba, pues un empréstito hipotecario, y solo entonces fué cuando aquel hombre se decidió à hacerme esta terrible confianza.

Todavía me acuerdo; estábamos de funcion, rodeados de artistas, de que Oscar continuaba llenando la casa. Nunca habia estado Malvina tan feliz ni tan alegre. Un criado vino à decirme que me esperaban en mi despacho. Quise despedir al importuno, pero insistió y al fin salí. Encuentro á nuestro empleado, que al verme cae de rodillas: tur-

bado, à mi pesar, le levantó y me cuenta con lágrimas en los ojos la pérdida que acababa de sufrir la casa, y cuán urgente era acudir à los reembolsos. Esta revelacion fué para mí un rayo; tan poco preparado estaba à ella. Las escrituras se habian soldado hasta entonces con un activo bastante considerable por medio de algunas trampas? yo lo ignoraba. Sin embargo, quise saber à qué atenerme sobre mi posicion.

—Bajemos al almacén, señor mio, dije al empleado, y veamos todos vuestros libros.

Empezamos este doloroso registro, mientras que en mi salón resonaban las risas y los gritos de alegría. Encima de nuestras cabezas se bailaba una galop; y yo con la fiebre en las venas y la tristeza en el corazón buscaba en una suma interminable la prueba de mi ruina. El empleado me hizo una confesion completa; quitamos de las escrituras todos los valores ficticios para obtener una situacion exacta é hicimos rápidamente el inventario del

almacen. Eran las tres de la mañana cuando se concluyó este trabajo, el baile acababa de cesar y se habia empezado la cena. Yo tenia echada mi cuenta poco mas ó menos: la casa habia perdido en sus negocios ochocientos cincuenta mil francos, era preciso encontrar trescientos mil al dia siguiente. En aquel momento Malvina, inquieta por mi ausencia, envió á buscarme para que hiciese los honores. Figùrense mis lectores cómo iria yo á aquella fiesta!

—Qué tienes, Gerónimo? me dijo mi muger observando la alteracion de mi fisonomia.

—Tengo, Malvina, que estamos aruinados. Despide á todo el mundo lo mas pronto posible.

—Tú te chanceas, Gerónimo.

—No, Malvina, es la pura verdad. Cuando estemos solos te lo esplicaré todo.

La cena fué triste y corta. Cuando se despidieron los convidados lo conté todo á mi muger, era una justicia que debia hacerla. La

encontré como habia sido en las diversas crisis de mi vida, generosa y resignada, buena y leal à mas no poder.

—Gerónimo, me dijo, la casa debe, es preciso que la casa pague. Tu tio Paturot te ha dejado un nombre sin mancha; guardemos al menos esta riqueza à nuestros hijos; vendamos mis diamantes, vendamos tambien mis cachemiras.

—Todavía no hemos llegado à tanto, querida mia.

—Lo venderemos todo, si es preciso; pero la casa pagará, pagará el capital y los intereses. Tu tio lo decia, Gerónimo; los Paturot nunca han pedido nada à nadie. Qué diablo! Alhajas hay en la casa, y el monte de piedad no ha sido inventado para los habitantes de la luna.

—Pero, Malvina, ya te he dicho que no hemos llegado à ese punto. Hay que hacer una liquidacion, y de ella sacaremos suficiente para todo.

—Nada, nada, me remito à la venta; des-
pediràs à Oscar, es un malvado.

—Cómo!

—Lo que te digo, es un malvado.

—Le daràs à entender que se marche: que
vaya à pintar à otra parte.

—Pero muger.....

—No hay mas que hablar: desde mañana
vuelvo à mis sedas; la casa debe, y es preciso
que pague, no digo mas.

Lo que hacia la situacion gravisima era
el tener que buscar trescientos mil francos al
dia siguiente. Fui à casa de un banquero opu-
lento, creyendo que esponiéndole mi situacion
con franqueza y ofreciéndole cuantas garan-
tias desease, se apresuraria à socorrernos: y
en efecto, apenas le hice la primera indica-
cion puso su gaveta à mi disposicion y me re-
mitió à uno de sus asociados. Esta es la táb-
tica ordinaria: el banquero tiene los honores
del procedimiento, y deja à su factotum
el capítulo delicado de las condiciones y de

las esplicaciones. El asociado era un hombre-cillo flaco y débil que dirigia al través de sus anteojos azules una mirada fija, glacial, casi insolente.

—Decís caballero, que necesitais trescientos mil francos para hoy; es una suma considerable, y nos cogéis de improviso.

Las palabras de aquel hombre penetraban en mi corazon como la hoja de un puñal. Cuando no se ha pasado al menos una vez por ello, nadie podria figurarse cuánto desden, cuánta frialdad calculada, cuánta insolencia y desconfianza hay en las maneras de un hombre que dispone de una gaveta considerablemente provista. Todos los usureros se parecen. Yo creí adelantarme á los instintos de aquel hombre, respondiéndole:

—Caballero, no ignoro que es un favor el que pido; y como llego un poco tarde, estoy pronto á suscribir á las condiciones de descuento y de interés que me hagais.

—Pues qué entendéis, caballero? replicó

el hombrecillo levantándose sobre la punta de sus pies y enderezando con prontitud sus anteojos.

—Pero....

—En materia de intereses, caballero, la casa no tiene mas que uno. O se presta á esta tasa ó no; el cinco por ciento anualmente es lo que se lleva á todo el mundo.

—Perdonad, caballero, yo ignoraba las costumbres de la casa, pero veo que son generosas y delicadas.

—Sí, señor; el cinco por ciento de interés y nada mas. Aquí no se pasa de la tasa legal; este es un modo de honrar á las personas que nos favorecen.

—Verdaderamente, estoy confundido...

—Se os va á hacer la factura, caballero. En cuanto á la comision, es de medio por ciento al mes: esta es otra de las costumbres de la casa.

—Ah! hay tambien una comision!

—Sin duda alguna: dónde están vuestros vales?

—Los que yo saqué de mi cartera consistían en mis simples obligaciones encadenadas á diversos vencimientos: nada mejor podia ofrecer. Al verlas, el hombrecillo retrocedió dos pasos, y arrojando los billetes sobre su bufete, me dijo:

—Qué es esto?

—Caballero, son los vales que me habeis pedido: os parece defectuoso el libelado?

—Papel para una escritura; pero por quién nos tomáis, caballero? eso es bueno para las casas de tercer orden. Esto podríamos enviarlo al banco.

—Quise insistir, pero el inflexible usure-ro no consintió en retroceder ni un ápice; era pecico entablar la negociacion de otro modo. Además de los vales ofreci una garantía hipotecaria sobre mis dos inmuebles, el castillo señorial y la casa gótica. El cerbero resistia aun, pero intervino el banque-

ro en persona, y pudo arreglarse el negocio. Tomé, pues, un préstamo sobre mis billetes renovables cada tres meses, y susceptibles cada vez de una segunda comision de renovacion. Se hizo ademas un acto hipotecario, en el cual intervino el escribano con su papel de costas y el registro con su comitiva de derechos. Asi obtuve aquel dia mis trescientos mil francos; pero he aqui con qué condiciones y descuentos.

Interés á razon de	5 por 100 al año.
Comision al medio por ciento al mes.	6
Comision de renovacion cada tres meses.	4
Acto notoriado y registro.	2
Honorarios y comision del escribano.	2
	<hr/>
	19 por 100 al año.
	<hr/>

· Mi honor estaba en salvo, pero mi for-

tuna recibia diariamente un ataque mas brusco. Tenia dinero en apariencia al cinco por ciento, en realidad al diez y nueve por ciento. Tal es la inevitable pendiente à donde son arrastrados todos aquellos que entran en la via de los espedientes, y se ven reducidos à recursos desesperados.

Al dia siguiente Malvina estaba en su puesto como lo habia prometido , pero ya habian pasado los hermosos dias del arte.

XIX.

El golpe de gracia.—El juego de bolsa.

Una quiebra se parece à una marcha por la arena movediza ó por un terreno arcilloso: los esfuerzos que se hacen para reconquistar lo perdido, no sirven mas que para empeorar la situacion y acelerar la catástrofe. Yo habia obtenido para salir de un mal paso, trescientos mil francos á costa de cincuenta y siete mil de agiotaje ó de gastos para el primer año. Para llegar al fin de mi hallazgo, me fué preciso tomar un préstamo de seiscientos mil con las mismas

condiciones, empeñar mis inmuebles por todo su valor y enagenar cuanto tenia de disponible. Asi llegué á extinguir mis empeños en circulacion, pero á costa de contratar otros nuevos mas pesados y onerosos. En los negocios se cree haberlo ganado todo, cuando se ha conseguido ganar tiempo: este es uno de los síntomas de esa enfermedad, que consiste en vivir de ilusiones hasta el fin, y en soñar con el porvenir cuando se tiene el pie en el sepulcro. Acababa de empeñarme por mas de cien mil francos de obligaciones anuales contra ciento veinte mil de productos inmobiliarios, y ya me creia salvo. Este vértigo es comun á todo el mundo: el hombre que se ahoga se agarraria á un hierro ardiendo.

Nuestra única esperanza consistia en la regeneracion del comercio al pormenor. Mi muger se mostraba heróica; habia vuelto á tomar sus arneses con un ardor y una energia incomparables; nunca dejaba el almacén,

entraba en él la primera y salía la última. Habíamos hecho nuestra mudanza de plan de vida y turbado por consiguiente el trato de los amigos. Malvina tratò de suplir esto por medio de circulares y ofrecimientos de nuestro mero domicilio. La delantera del almacén y la ensambladura exterior, en que se habia despoblado todo el arte cabelludo, chocaron al parecer à algunos de los inquilinos de la casa. Malvina hizo desaparecer aquel *pastucho* de mal gusto y aquel aparato de charlatanismo arqueológico. Poseia en un grado eminente el sentimiento de lo que conviene; y este sentimiento que habia oscurecido un genio maléfico, reaparecia con toda su fuerza. Algunas veces la veia pasarse la mano por la frente como para sacudir una pesadilla; no podia comprender cómo habia podido abandonarse al torbellino que nos habia arrebatado, dormir sobre un abismo y despertar con la perspectiva de la miseria. Para ella las privaciones no eran nada, porque habia vivi-

do en medio de ellas durante su infancia y su juventud; pero la idea de que sus hijos, ricos y felices ayer, podian carecer mañana de lo necesario, torturaba su corazon y arrasaba sus ojos en lágrimas. Se acusaba á sí misma, y parecia buscar en un trabajo forzado una diversion á su dolor. Nunca se mostró mas ingeniosa y activa la ternura de una madre.

Ay! nada salva á los imperios destinados á perecer. Las grandezas griegas y romanas cayeron en el dia fijado por el destino, y nada pudo retardar esta caida; ni los consejos de algunos filósofos ni la virtud de algunos emperadores. La estrella de los Paturot estaba destinada á desaparecer del horizonte de la gorreria, y los desvelos de mi muger no podian impedirlo. En sus horas de agonía, el comercio al pormenor tuvo lances inesperados reacciones extraordinarias. Mas de una vez pareció reanimarse el moribundo por los cuidados de aquella mano poderosa y fecunda en recursos; pe-

ro las llagas de dinero recobraban bien pronto su superioridad, y ocasionaban espantosas recaídas. La casa de Paturot pertenecía al descuento en cuerpo y alma, es decir, á la usura mas ó menos disfrazada. Siempre se agrava con las miserias que engendra, y se muestra tanto mas exigente cuanto mas ha obtenido: cuanta mas sangre y sustancia ha sacado mas pide; quiere garantías contra el mal que ha causado. Este es su carácter y su título: cuando ha entrado en una casa no sale de ella sino con gasa en el sombrero, y despues de haberla clavado en el ataúd.

A pesar de mi imprevision, bien presentia este resultado y cada dia esperaba menos en una liquidacion feliz. Ya se me habian agotado los expedientes, y no sabia cómo satisfacer á la legion de vampiros que me rodeaba. Nadie habia por otra parte á quien confiarse; Malvina estaba enteramente entretenida en sus ocupaciones, y con ellas mitigaba su tristeza. Pero yo no sabia á dónde ir ni qué

hacer; continuamente estaba echando planes de reformas y de economías que no realizaba. Tal es la condicion de los que se dedican á la industria, que aun convencidos de que corren á su ruina no pueden reducirse de una manera ostensible. Toda medida de este género equivale á una declaracion de tormento; y mejor se consiente en morir de un rayo que á fuego lento. Cuántas veces por engañar á los envidiosos no se escoge el momento de una quiebra para entregarse á un aumento de gastos. Yo no hice este cálculo, pero no me atrevia á arrostrar la prueba de una reforma decisiva. Estaba á vista del enemigo, y era preciso mantenerme en guardia.

Por obedecer á madama Paturot, habia insinuado á Oscar una especie de despedida, y él habia tomado sus pinceles y no nos habria seguido á nuestra nueva habitacion. Nuestras relaciones no se habian roto enteramente, pero se habian enfriado mucho. De tiempo en tiempo el pintor de S. M. venia al almacén

donde Malvina recibia entonces sus visitas; yo le acusaba de un poco de frialdad con los amigos que marchaban á su ruina. La casa se habia vuelto mas triste, y mi gaveta ay! menos socorrida. Pero sea de esto lo que quiera, muchas veces sentia aquel semi-rompimiento; lo diré de una vez, echaba de menos á Oscar. Nada deja mas vacío en la existencia de un hombre que la desaparicion repentina de una fisonomia que está acostumbrado á ver: la busca siempre por todas partes, y le parece que ha perdido alguna cosa. En medio de las inquietudes que venian á asaltarme, me parecia que tenia necesidad de un confidente, y que un dolor participado pesa la mitad menos. Largo tiempo resistí á esta idea, pero al fin un dia me venció, y sin decir nada á madama Paturot me diriji al nuevo obrador de Oscar.

Estaba en trage de trabajo y acababa un paisaje, en el que habia una fuente de juventud. En la disposicion en que me hallaba

:

me pareció que las ninfas de aquella pintura mitológica eran menos verdes que de costumbre; Oscar habia progresado en esto. Apenas me vió corrió á mi encuentro con su alegría y su familiaridad ordinarias. Se adelantó á mis excusas y torció la conversacion hácia lo que podia interesarme: hubiérase dicho que comprendia el estado de mi alma y que se asociaba á él. Esta atencion me conmovió y arrastróme á una confianza completa. Luego que acabé la historia de los enredos de mis rentas, Oscar me miró fijamente algunos minutos y con una gravedad que jamás habia visto en él.

—Gerónimo, me dijo: eres un niño. Todavía tienes cierto crédito comercial, y eres diputado, dos medios infalibles para hacer y deshacer, para devorar y reconquistar diez fortunas, y que sin embargo no usas.

—Yo quisiera verte en mi situacion, Oscar!

—A mi! Gerónimo, dénneme solamente veín-

te y cuatro horas de diputacion y os hago manar à todos en oro, en diamantes y en topacios! Pobre muchacho, en poca agua te ahogas! un diputado en quiebra! eso es fabuloso.

—No seria el primero Oscar. Veamos, no despreciemos el campo; qué puedo esperar como diputado? un empleo de diez, de quince, de veinte mil francos, todo lo mas, y bien? esto no me salvaria.

—Un empleo, chiquillo, un empleo, deja esas miserias à los procuradores del rey, Gerónimo, añadió con cierto aire de solemnidad: que lo que voy à decirte se quede entre nosotros. Me lo juras, no es verdad?

—Vaya, bien, te lo juro.

—Conoces, Gerónimo, un instrumento ingenioso que el vulgo designa con el nombre de telégrafo?

—Si, vamos le conozco.

—Y bien, representante del pueblo, dos millones hay al remate de las cuerdas de este

mecanismo. No te digo mas que esto. El telégrafo podria formarme un proceso por difamador , porque es un pícaro capaz de todo.

—Pero, hombre....

—Gerónimo, quiero permanecer extraño á la politica: se me ha puesto en la cabeza, y esta es la única mira de que puedo disponer. Pero te lo repito, ponte bien con el telégrafo; hay muchas ventajas en estar en intimidad con él.

—Qué quieres decir, Oscar?

—Qué quiero decir! tú te has empeñado en comprometerme! amigo mio, tengo una situacion que manejar: el director de bellas artes me promete doscientos setenta y cinco retratos de S. M. para otros tantos comunes de Francia.

—Dios mio, puedes contar con mi discrecion.

—Pues bien, Gerónimo, escucha. Hay en el segundo distrito de Paris un monumento

griego que se llama la bolsa; el telégrafo y la bolsa, la bolsa y el télegrafo; combina estas dos espresiones y luego me dirás los resultados.

—Crees tú que serán buenos?

—Toma si lo creo! pero ándate con cuidado. Usa del telégrafo si puedes, pero vigilale porque es un intrigante.

La perspectiva que me hacia entrever Oscar, enteramente nueva para mí, impresionó vivamente mi imaginacion. Los juegos de bolsa, el agiotaje en los fondos públicos podian en efecto conducirme á un cambio favorable de fortuna. Bastaba para esto calcular bien las probabilidades y prever los resultados de los acontecimientos. Como diputado podia estar al corriente de muchas cosas y obtener en la primacia una multitud de indicaciones preciosas. Salí de casa de Oscar preocupado con esta idea; la fiebre alectoria se habia apoderado de mí. Ya sabia yo vagamente lo que son los juegos de bolsa y có-

mo se multiplican en ellos las sumas à proporcion de diversas ficciones. Para emprender las operaciones mas vastas, me bastaba depositar cierta suma à título de *cubierta* que debia responder de las diferencias, es decir, de las pérdidas sufridas. Fui, pues, à casa de un agente de cambios de los mas activos y osados de la compañía. Su habitacion era la de un príncipe; nada mas suntuoso que su salon, ni mas rico que su despacho. Mi título de diputado me valió la mas favorable acogida, no exigió mas que cien mil francos de cubierta, y se convino en empezar las operaciones aquel mismo dia. El agente de cambios me pidió como un favor, y ofreció como garantía interesarse por la mitad.

Yo no podia ser en el juego de bolsa un especulador comun; en mi posicion, érame imposible, ir todas las mañanas à ver al perron soplándome los dedos en invierno y coger una insolacion en el verano, ni menos aparecer en la sala de la bol-

sa á seguir una operacion en medio de las mil picardias que se oyen allí, ni hacerme un habitante de aquel lugar. Mi título me obligaba á guardar cierta dignidad y reserva. Apenas podia seguir á lo lejos las fluctuaciones del tres y del cinco por ciento, comprar ó vender al primer precio, arreglar mis ganancias; en fin, dirigir mis operaciones á distancia. Para acercarme al centro de aquel movimiento aleatorio iba todas las mañanas á desayunarme con Tortoni y entraba en uno de los cafés inmediatos al templo del agiotaje. Así conseguia ponerme en comunicacion mas frecuente con mi agente de cambios y darle algunas indicaciones. En cuanto á lo demas me hallaba enteramente á merced suya.

Desde que las nubes habian oscurecido la situacion de mis rentas ~~me~~ habia presentado rara vez en la cámara, y siempre que lo habia hecho habia sentido un malestar indefinible. Cuando estuve bien convencido de que el único medio de salvar mi nombre de

una mancha, y mi familia de la necesidad, era entrar atrevidamente en las especulaciones de la bolsa, me hice superior á mis debilidades, y vencí mis repugnancias. Fácil me fuè entrar por medio de una de las mil crisis que modifican el gobierno parlamentario en las filas de la mayoría; y à fin de obtener el olvido de lo pasado, prodigué los testimonios de celo. Mis costumbres recibieron ademas una profunda modificacion. Yo tan indiferente à todo, tan poco curioso, me hice el pregunton mas osado y mas implacable de la cámara, estaba ansioso de noticias, y las buscaba por todas partes. Llevaba siempre detras dos mensajeros; y tan pronto como habia recogidos algunos rumores enviaba á mi agente de cambios, à cualquier parte donde estuviese, Boletines escritos con lapiz. Con un pretesto ù otro esperaba todas las mañanas en la antecámara de un ministro, à fin de saber antes que nadie las noticias que llevaba el correo ó trasmitia el telégrafo. Habia conseguido

iniciarme en las menores particularidades del trabajo del despojo; sabia á dónde llegaban las notas confidenciales, y qué oficinas las descifrabán. En fin, conocia á fondo el mecanismo administrativo, ciencia complicada y variable que exige una gran práctica.

Durante los cuatro primeros meses, nuestras operaciones fueron felices. Cinco ó seis noticias de poca consideración, que transmití oportunamente, me hicieron realizar, por la parte que me tocaba, ciento diez mil francos de diferencia. El agente de cambios estaba loco de contento por tener un asociado tan bien enterado en las noticias, y que le permitia dirigirse de un modo poco mas ó menos seguro. La suerte que teníamos le alentó de tal modo, que propuso doblar nuestras operaciones. Esto era ofrecerme lo que yo iba á pedirle. Una cuestión gravísima agitaba entonces á la Europa: corrían rumores de guerra; por todas partes se hablaba de

un rompimiento próximo. Las notas que se pasaban de unos gabinetes à otros se hacian cada dia mas amenazadoras. Mi agente de cambios y yo jugábamos à la baja sin dejar por eso de marchar con un gran atrevimiento. Era público y notorio que el banquero que reina sobre los empréstitos iba à dar un golpe à la bolsa, y la prudencia aconsejaba estar sobre defensiva. Entre tanto la renta nos reparaba cada dia, se cerraba con veinte y hasta con treinta céntimos de depresion. Mis ganancias se aumentaban claramente, y yo llegué à creer que la estrella de los Paturót iba à recobrar su antiguo esplendor.

○ Una circunstancia particular vino tambien à aumentar mis esperanzas y à hacerme creer en un porvenir risueño. Una mañana, presa enteramente de las incertidumbres de la politica, fui à ver al ministro influyente, al que dirigia entonces los negocios. Estaba en su habitacion de dormir, pero yo habia toma-

do familiaridad y me permití la entrada. El ministro acababa de afeitarse por sí mismo y estaba aquel día loco de contento. Me senté cerca de una mesita mientras él concluía su tocado; y mis ojos se encontraron con un papel y me puse à leerle maquinalmente. Oh azar inesperado! era un despacho telegráfico que acababa de llegar en aquel mismo instante. Al verle latió mi corazón con tal violencia que creí que iba à saltárseme; una nube pasó por delante de mis ojos; durante algunos momentos me fué imposible descifrar nada, pero al fin recobré mi sangre fría y conseguí acabar de leer el despacho: era decisivo, habia habido cañonazos. Cañonazos! esto constituía mi fortuna. Despues de algunas palabras de conversacion respetuosa, me despedí del ministro y me trasladé à casa de Tortoni. Encontré en ella à mi agente de cambios, arreglamos nuestras cosas y convinimos en hacer nuestras operaciones en masa. En efecto, vendimos mientras hubo compradores, y este

atrevimiento en ofrecer y siempre ofrecer, hizo una sensacion extraordinaria. Llegamos à hacer retroceder à los ugières; en menos de una hora hubo dos francos de baja. La falange de Tortoni no sabia a que atribuir aquella temeridad. En el estado de los sucesos politicos, tal modo de obrar no podia justificarse sino por una noticia decisiva llegada aquella mañana misma. La bolsa contaba con ella, ya creia verla publicada; yo mismo estaba convencido de que el gobierno haria notoria esta comunicacion. Tortoni habia terminado en dos francos veinte céntimos de baja, la bolsa se abrió en los mismos términos. Sin embargo, nada se habia traslucido; las noticias politicas recogidas à derecha y à izquierda en los pasillos de la cámara, como en los ministerios, tendian, por lo contrario à aprobar que el movimiento de los fondos públicos era el resultado de un miedo que nada justificaba. Ah! todo esto provenia de una equivocacion. El despacho telegráfico, ol-

vidado sobre la mesa del ministro, tenia muchos años de fecha; no era mas que un pedazo de papel estraviado. La bolsa se rehizo, y á la baja de la mañana respondió con una alza del doble. El coloso financiero intervino y quitó la venta; yo habia hecho mis operaciones sobre las masas, estaba arruinado, y mi agente de cambio tenia tambien una pérdida considerable. No resistió á ella mas que un mes, al cabo del cual pasó á Bélgica por razones de salud.

Lo que habia empezado mi negligencia comercial, lo acabó el agiotaje. Asi me quedó contra él un odio tan implacable: si existe es despreciando las leyes; si los agentes de cambios son sus intermediarios es despreciando sus deberes y arrostrando las mas graves penas. No hay mas que abrir en efecto el código penal; he aqui lo que en él se lee:

«Art. 404. Los agentes de cambios que hayan hecho bancarrota serán castigados

con la pena de los trabajos forzados.”

«Art. 421. Las trampas que se hayan hecho sobre la alza ó la baja de los efectos públicos serán castigadas con las penas que se establecen en el art. 409 (quinientos à diez mil francos de multa y un mes à dos años de prision.)”

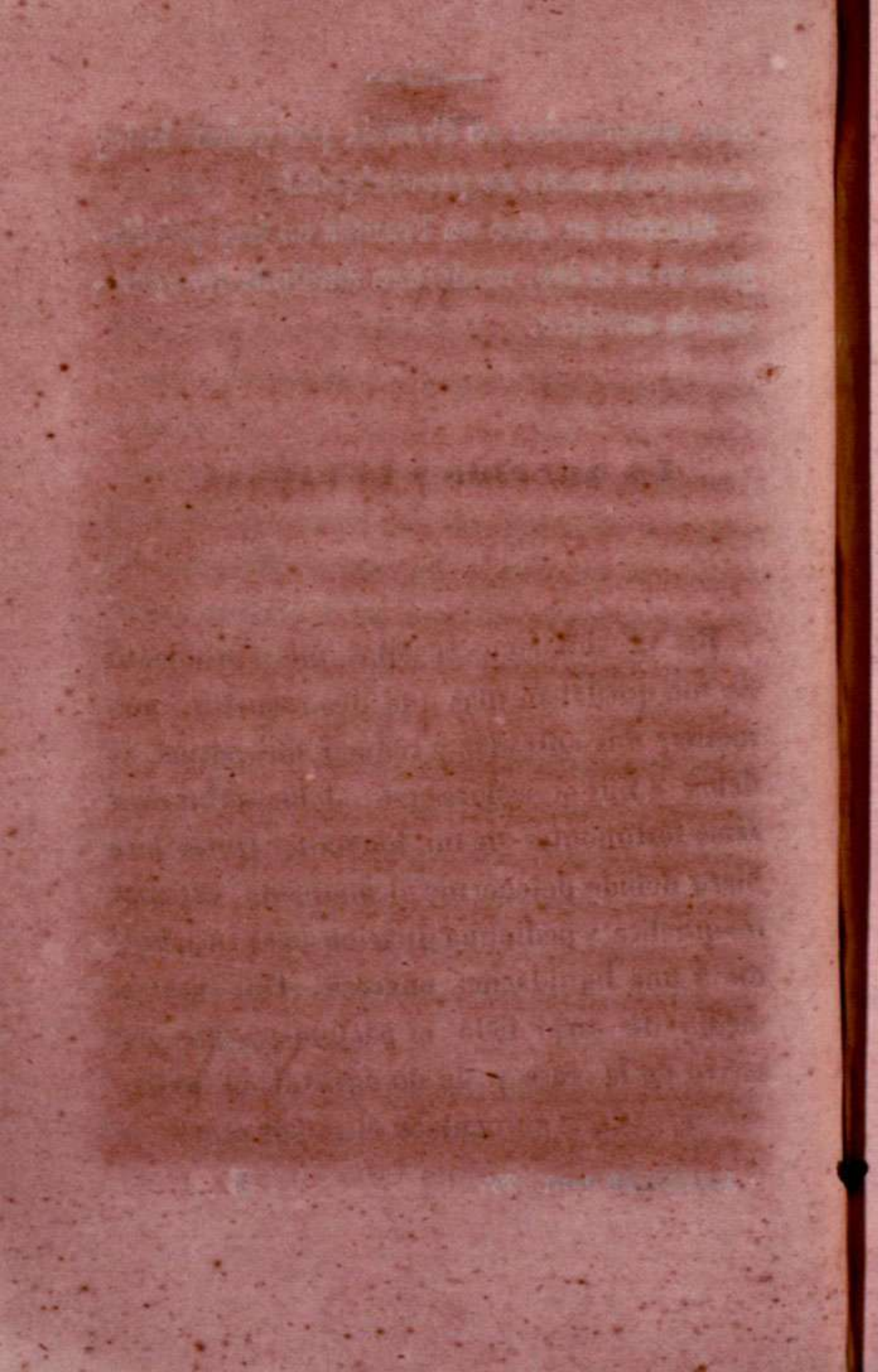
«Art. 422. Serà reputado postura de este género todo convenio de entregar ó vender efectos públicos que no pruebe al vendedor haber existido à su disposicion en tiempo del convenio, ó haber debido encontrarse en él al tiempo de la entrega.”

Asi he aqui un agente de cambios que habia sido mi asociado y que habia arrojado la pena de los trabajos forzados. Dos meses despues de su marcha arregló sus negocios y conservó una bonita fortuna. Yo, que no era mas que un instrumento, fui castigado de un modo muy severo.

Pero olvidando por un momento lo que me concierne; no es escandaloso que exista

una cooperacion en Francia por quien la ley es mirada como no promulgada?

Cuando se dice en Francia no hay privilegios ante la ley, se olvidan sin duda los agentes de cambios.



XX.

La querida y la esposa.

En la situación en que me encontraba no me quedaban mas que dos recursos; aumentar mis entradas y reducir mis gastos; yo debia á mis acreedores este doble esfuerzo y estos testimonios de mi buena fe. Quizá hubiera debido detenerme al momento, esponer mi quiebra y pedir una dilacion para sustraerme á una liquidacion onerosa. Este era el medio de sacar todo el partido posible del activo de la casa y de no agravar el pasivo con cargas que aumentaba el uso de expedientes desesperados. Veinte veces estuve á pun-

:

to de tomar este partido y otras tantas me faltó resolución para hacerlo. Nadie sabe el valor que necesita un hombre honrado para declarar ante una asamblea numerosa que no puede cumplir sus empeños; nadie puede figurarse los combates que sostiene antes de resolverse á ello y las angustias que sufre cuando por fin se ha decidido. Yo concibo muy bien que algunos hayan preferido la muerte á esa espiacion dolorosa, y querido poner de manifiesto su probidad por medio del suicidio. Otros muchos solo se han detenido, sin duda, por los deberes de familia, mas imperiosos que el cuidado de su propio honor; pero en todos los casos es difícil comprender que se haga de este triste medio un escalon para llegar á la fortuna. Un juego repetido, una especie de costumbre. Por mas que huya uno de su conciencia, nunca se escapa completamente.

Asi agotaba yo, temiendo una publicidad ruidosa, la energia necesaria para prolongar

mi agonía. No habia podido extinguir mis diferencias de bolsa , pero ningun efecto habia quedado hasta entonces en fianza. Dios sabe a qué precio! A cada nuevo vencimiento hacia yo esfuerzos increíbles y desplegaba una actividad que ya no volveré á tener. Por la mañana me encontraba desprovisto, y por la tarde habia hecho pagos considerables, admirado yo mismo de este éxito y obligado á renovarle casi todos los dias. Los desgraciados, que en el infierno mitológico tratan de llenar un tonel sin fondo, recuerdan con una verdad horrorosa la tarea que cumplia yo entonces sin esperanza y sin tregua. Asi he alcanzado victorias difíciles y dado pasos en vago que aumentaban bajo mis pies la profundidad del abismo. Malvina se asociaba á mi pensamiento, no me preguntaba pero me adivinaba. Luego que se contaban los productos de la venta me traia alegre la suma que habia recogido sin quitar mas que lo estrictamente necesario para la casa. Nadie com-

prendia mejor que ella la santidad de las obligaciones comerciales, y lo que vale un nombre honroso: su corazón se estremecía á la idea de que el de los Paturot pudiese contaminarse por nuestros yerros y decaer por culpa nuestra.

Hay en la desgracia un consuelo precioso: el de una confianza sin límites. Yo carecía de él, ocultaba algo á mi muger, habia frialdad entre nosotros. Ella tan alegre y tan bulliciosa en otro tiempo, parecia afectada de una melancolia profunda. En cuanto á mí, yo estaba inquieto por mi culpa y no me atrevia á decirle el inmenso vacío que habia dejado en el estado de nuestras rentas mi aventura con la princesa Flibustofskoi. Era preciso salir de aquel estado, aunque fuese á costa de una confesion, y yo me resolví á ella. Un plazo formidable me amenazaba y quise saber si los diez mil francos que habia prestado á la palatina podian venir en ayuda de tropiezos que renacian á cada instante. Desde que

mis apuros y mis malas especulaciones adquirieron cierta notoriedad, encontré en mi belleza una acogida bastante equívoca; la visitaban hombres de bigotes, jóvenes elegantes, que venían siempre á lo mejor á turbar la intimidad de nuestras relaciones; y el feld-marschal Tapanowich mostraba una grosería y una brutalidad sin límites. Ya era tiempo de pedir una esplicacion; fui, pues, á casa de la princesa bien decidido á exigir un reembolso inmediato y á enviarla los alguaciles sino le hacia de buen grado.

Cuando llegué á su retrete la encontré lo que se llama interceptada; la palatina tenia en derredor suyo un serrallo de hombres morenos, rubios, castaños, de todas edades y colores. Tuve que sentarme y esperar á que pasasen recado, oír muchas chanzas pesadas y soportar el espectáculo de una coqueta que calmaba á este con una palabra, provocaba á aquel con una mirada, manejaba y animaba á todos sus adúladores, distribuía conve-

nientemente la esperauza ó escitaba los zelos: en fin parecía desplegar todo su arte en no preferir ni despedir á nadie. Ah! No se conoce el hueco que hay en un idolo sino despues de haberle roto. Cuando yo estaba subyugado á sus encantos ninguno de aquellos defectos habia observado; los veia por primera vez al descubierto, entreuia aquella existencia llena de artificios, y horribles dudas venian á atenazarne el corazon. Los trescientos veinte y dos mil corderos de las márgenes de Ukraine podian muy bien ser animales fantásticos, hijos de la imaginacion de Oscar; quién sabe? el palatinado no era quizá tampoco mas que una quimera, y el feld-mariscal una utopia. Solo mis doscientos mil francos quedaban como un adelanto real, hecho sobre garantías imaginarias. Nunca me habia asaltado la idea de una burla de una manera formal y complicada hasta el punto de desear vengarme. Al cabo de un cuarto de hora de espera, viendo que las visitas no se retiraban, me acerqué

á la princesa, y con voz firme, pero de modo que ella solo pudiese oirlo, la dije:

—Señora, tengo que hablaros; despedid á vuestra compañía.

—De veras! caballero, replicò ella evidentemente picada; y á qué título? decidme si os place.

—Es preciso.

—Ah! es preciso, dijo ella examinándome con inquietud. Vaya que estais hoy solemne.

Estas palabras rápidamente dichas bastaron para producir el resultado que yo deseaba. Sin duda creyò la princesa que, resistiéndome, me obligaria á escandalizar; y así se dió tal maña y usó medios tan ingeniosos, que diez minutos despues estábamos solos! Entonces empezó la comedia de costumbre; no faltaron, por supuesto, los aires de reina, las quejas, y aun las lágrimas, pero mi partido estaba bien tomado; se me tratò de despota, de tirano, de hombre sin piedad, y por

la primera vez me mantuve firme. Ni las miradas de basilisco, ni los sollozos, ni los desmayos, tuvieron poder para conmoverme; asistí impávido al espectáculo de los grandes y de los pequeños artificios que ponen en juego las mugeres. Se trataba del honor de mi nombre y del porvenir de mi familia; y aunque algo tarde, abría por fin los ojos.

—Señora, la dije en tono resuelto: todo está acabado entre nosotros; olvidemos un momento de embriaguez; ambos tenemos que observar, vos los deberes de vuestro rango, yo los deberes de mi familia. Al cesar en nuestras relaciones ganamos ambos á dos; yo mi propia estima, vos la del emperador y el levantamiento del embargo de vuestros trescientos veinte y dos mil corderos, añadi con una sonrisa un si es no es irónica,

—En efecto, replicó la princesa, cuyos ojos se arrasaron al momento de lágrimas, en efecto Mr. Paturot, continuó, tratando de penetrar mi interior con una mirada fija y glacial:

tenemos algunos yerros que reparar. Yo me he engañado, caballero; creía tratar con un hombre de educación, y veo que he caído en manos de un villano.

Esta era la última tentativa, yo lo comprendí y recibí el cumplimiento con serenidad. Se trataba de representar una escena trágica y yo no me presté á ello.

—La palabra es dura, señora, la dije tomando mi sombrero, pero trataré de merecerla. Si dentro de tres días no he sido reembolsado de mis adelantos, os enviaré los alguaciles.

Y salí contento de mí mismo, lanzando al feld-mariscal, al pasar por la antecámara, una mirada mas feroz y mas provocativa que la suya.

Conforme habia prometido, aguardé tres días: pero nadie compareció. En cambio de las sumas que la habia prestado, la princesa cedió algunas alhajas que llevó á casa de un alguacil. Se entabló el proceso, y concluyó sin contradictores: se sentenció en rebeldía;

hubo juicio , notificacion y todos los accesorios. Como la cantidad era importante, la cuenta de los gastos ascendió à una suma considerable ; yo esperaba que sin embargo me indemnizaria al menos de esto. Estando los documentos en regla , no debia aguardarse para obrar ni un solo dia. Los corchetes llamaron à la puerta del palacio, nadie respondiò; se pasó adelante, cumpliendo las formalidades de costumbre; se entrò. Oh decepcion! Todo estaba desmantelado, las paredes desnudas; no quedaban por muebles mas que seis vasos y algunas varillas de balcon. Los pájaros, al marchar, se habian llevado hasta la paja de su nido: desembolsé, pues, ademas de mis doscientos mil francos, dos mil por derechos judiciales. Escribi à Moscou, à Odesa y à Ukraine; me respondieron que la princesa Flibustofskoi era del todo desconocida, y que en los cuadros de la armada rusa no existia ningun feld-mariscal del nombre de Tapanowich.

Habia tenido la precaucion hasta de citar los trescientos veinte y dos mil carneros embargados por el emperador; y à esto me contestaron, que el emperador no embargaba los carneros de nadie, y que castigaba por otros medios à los nobles que se atrevian à desobedecerle. En esto todo era quimérico menos las afortunadas márgenes del Don; pero mi mismo alguacil se vió obligado à convenir en que no se podia ejercer accion alguna razonable contra aquel rio: la princesa habia abusado de su nombre. Cuando un ugiar confiesa que no se puede hacer nada, bien se le puede creer.

Decididamente, todo se conjuraba contra mi: estaba predestinado. Durante esta última aventura, adquirí un valor que hasta entonces me habia sido desconocido.

No habia vuelto mas à sonrojarme delante de Malvina; mi posicion era regular: estaba como si me hubiese desembarazado de un gran peso. Para completar este asunto, no me fal-

taba mas que hacer una confesion y pedir un perdon : yo conocia á Malvina, sabia los tesoros de bondad que encerraba su corazon; por lo tanto buscaba una ocasion para tener una esplicacion decisiva. Desgraciadamente madama Paturot no se prestaba á ella; desde que me veia comenzar este capitulo, desplegaba un talento inaudito para variar la conversacion. Tan pronto tenia que cuidar á un niño, tan pronto que hacer una venta; por la noche estaba muy cansada, y por la mañana tenia mucha prisa para salir. Entretanto permanecia yo con mi secreto y mi confesion en los labios. Al fin, se me acabó la paciencia: un dia despues de haber almorzado, la cogi por el brazo en el momento en que iba á escaparse para volver á sus quehaceres: y, monona, la dije, siéntate: tengo que decirte una cosa.

—Nequaquam, nones, dijo abrazándome; los parroquianos me aguardan; la venta va á perderse.

—Un minuto solamente, pichona.

—No, no, querido, es quitárselo á nuestros niños. Gerónimo, añadió dando un suspiro, no les hemos hecho mas que daño á esas desgraciadas criaturas.

—A quién eslo dices querida? respondi sintiendo humedecerse mis ojos; yo soy quien es un infame, un mal padre y un mal esposo. Figúrate...

—Qué tonterias! vamos, querido mío, no te allijas así. Quién es el que no habrá pecado en su vida? Bastante es que el corazon quede intacto!

—Pero no, chachita, no es eso todo; es menester saberse conducir, no caer en manos de los intrigantes.

—Ah! sí; el mundo está lleno de esta clase de gente, amigo mio! Y qué? habrás sido chasqueado por alguna comadre, ó por alguna titulada princesa....

—Calla, lo sabes!

—De una princesa de cuatro sueldos que

te ha pelado, maltratado, engañado y mo-
fado.

—Cómo es eso!

—Gerónimo, mi buen Gerónimo! Nos he-
mos paseado los dos por la region de la lu-
na durante el intervalo de dos veces, trescien-
tos sesenta y cinco dias, hemos vuelto, y na-
die mas que nuestros pobres pollitos son los
que han sufrido: lo demas es nada. Borrarr lo
pasado, amigo mio: no te digo mas que eso.

—Siempre la misma. Oye Malvina, me
hubieras quitado de encima un peso de seis-
cientos mil kilogramos, que no estaria poco
aliviado.

—Si no es mas que esto, querido,
punto concluido; no pensemos mas que en
nuestros niños. De ellos puedes hablarme,
Gerónimo, desde la mañana hasta la noche;
eso me tranquiliza, me reanima y me hace
olvidar todos los disgustos. Si me queda un
poco de ánimo y de ilusion es para ellos; esas
ovejitas, adoradas por los dos, las sacaremos

de todo apuro. Por ellas iria yo á cabar la tierra si fuese necesario, Gerónimo.

—Y yo, Malvina.

—Pues bien! entonces, añadio mi muger abrazándome de nuevo, déjame bajar al almacén. No vendo ni siquiera dos pares de pantalones sin pensar en ellos; eso me reanima el corazón, pobres pollitos! ayer cien mil libras de renta, hoy nada....

—Soy un malvado, me mataria, querida.

—Cada uno tiene sus faltas, amigo mio, pero Dios es bueno y la vida larga.

XXI.

El director melencólico.—La joroba del Tena griego.

En medio de las economías á que entonces fué indispensable resignarse, habia una que hacíamos diariamente. La casa se habia reducido cuanto habia sido posible, y el orden mas estricto reinaba entonces en ella. Nada de fantasías ni de goces lujosos; el adorno se cambió en modesto y vulgar, el enjambre de parásitos voló. Todo esto lo habíamos hecho sin la menor indecision ni sentimiento: el sacrificio no recaia mas que sobre nosotros. Pero muy luego fué menes-

:

ter aplicar à nuestros niños este sistema de sucesivas privaciones. El mayor, Alfredo, habia entrado, hacia siete meses, en un acreditado establecimiento; yo habia escogido el mas nombrado, por consecuencia el mas costoso. En este punto mi generosidad era ciega y sin limite: no regateaba en nada, ni sobre el precio, ni sobre los artículos. Alfredo debia tener todos los maestros, seguir todos los estudios, en una palabra, abrazar el programa del establecimiento. Esta era la manera de esplayar mi ternura: fui comprendido. Las primeras cuentas ascendieron à cantidades casi fabulosas; pagué hasta el último ochavo; me parecia que debian recaer en obsequios y atenciones sobre mi hijo.

—Frecuentemente iba à ver al primogénito de mi raza al colegio en que le habia puesto. El local era estenso, ventilado, buenos paseos, un grande jardin, dormitorios espaciosos, salas muy bien abrigadas y cla-

ras, todo estaba cómodo à los ojos de un padre: la jaula no entristecía à la vista, los pajarillos podian acostumbrarse à ella. Pedí el probar la comida; era escelente; mas tarde he sabido que el género no siempre era igual à la muestra. Por lo demas la superchería era de todo punto inútil, pues lo que los colegiales perdonan menos fácilmente es la comida de la casa de pension. Ninguna de sus cóleras era mas obstinada que esta; olvidaban los castigos, el recato, perdonaban hasta los juegos del establecimiento; pero no perdonaban jamas la comida. Este es un odio que no se estingue sino à la salida y aun!

El gefe de aquel colegio es uno de los hombres que mas han contribuido à poner la educacion de la infancia al nivel de las ideas modernas. Tres años antes no tenia bajo su direccion mas que un ruin y pequeño colegio, poco superior à una escuela de primeras letras. Las familias del barrio enviaban à

su casa en clase de esternos á los mas revoltosos y malos. para obtener un poco de tranquilidad en el hogar doméstico. Aquellos ganapanes en cinco ó seis años aprendian, entre otras nociones esenciales, que un hombre bien educado no anda de rodillas, y que la última palabra de la civilizacion humana no consiste en meterse obstinadamente los dedos en las narices. El director corregia á estos jóvenes salvajes, y les daba á devorar las manzanas verdes de su jardin. Algunas educaciones brillantes en su género le formaron un nombre, y el círculo de sus relaciones se estendio. Entonces inventó dos cosas que lo habian sido antes que él y que cogieron á la infancia por el lado mas sensible; me complazco en decir que no ha sido juego de palabras. Por una parte inventó la gimnástica, aplicada al desarrollo de la inteligencia; por otra inventó el transporte de los muchachos en coche. Estas eran dos ideas de ingenio: la gimnástica y el coche estaban inventados sin du-

da, pero el fundador del colegio halló la manera de explotarlas: de aquí su fortuna y su gloria.

Este éxito en la instrucion de la niñez abrió á nuestro director nuevas perspectivas. Se dice que el arte de las casas de pension estaba todavia en la cuna, y que aplicando á esta industria el genio de los descubrimientos recientes, entre otros el vapor y la mecánica, se confeccionarian educaciones de mejor despacho. Muchas preocupaciones reinaban todavia en su partido: se ejercia la profesion rastreando; se educaba á los niños segun ellos querian, y no segun la institucion. Se les daba talentos de adorno, se formaba su corazon sin pensar siquiera en hacer de él una muestra para el establecimiento: se echaba demasiado en olvido que una industria es una industria y una especulacion es una especulacion. Estas reflexiones condujeron al director á mirar la institucion bajo el punto de vista militar y á calcular lo que puede perder un

empresario que explotase la cosa en grande y por procedimientos particulares. Comprendio que habia alli una mina de oro, lanzóse á ella, abrió un comercio de niños, de curiosidades latinas y griegas, de maravillas proporcionadas. Era aquello toda una revolucion.

Para que la idea tuviese aceptacion era preciso esparcirla. Hasta entonces nadie habia especulado sobre la infancia á razon de un franco y veinte y cinco céntimos por linea; se ignoraba el arte de fascinar al padre de familia por medio de un anuncio de periódico, lo que en términos técnicos se llamó un reclamo; el medio era tanto mas probable cuanto que era menos usado. Un periódico es un insidioso confidente que deja huellas en los ánimos mas distraidos. No se sabe, por ejemplo, dónde se ha leido que el colegio Roustignac es el mejor de todos, que los pares de Francia ponen en él á los vástagos de sus familias, y que el Pachá de Egipto da educacion

á un hijo de su décima octava muger; no se sabe dónde se ha leído, y sin embargo, forma parte de nosotros mismos y de la suma de nuestros conocimientos; lo adoptamos y lo participamos á nuestros amigos. De qué proviene esto? Poco importa; la idea circula y se abre camino. Asi se han creado sastres de genio y pomadas soberanas: no se trataba ya mas que de aplicar el remedio al director.

Aqui fué el triunfo del hombre de que hablo: sabia qué variedad de medios hay para influir en el público, y qué diversos lenguajes conviene usar con las credulidades de toda especie. Nunca se habia desplegado astucia mas ingeniosa en una obra mas difícil. Cada periódico recibia las palabras mas propias para impresionar á sus suscritores.

En el diario de la oposicion se leia:

«El colegio Roustignac es uno de los que profesan con mas franqueza el respecto á las libertades. El venerable Lafayette ha prometido enviar á ella á tres de sus nietos; el pre-

sidente de los Estados Unidos manda à su sobrino, y la Grecia degenerada educa en él diez y ocho descendientes de Leonidas. El local es vasto y ventilado, los alimentos abundantes y sanos.... hay maestros de esgrima y de equitacion.»

En el diario conservador se leia:

«La revolucion de julio ha dado origen à un instituto cuya necesidad se hacia sentir por todas partes, el instituto Roustignac. Por primera vez en Francia ha tomado con él la educacion un tinte provisional, sin que por esto se descuiden los estudios universitarios. Hay maestros de contabilidad, de teneduria de libros y de historia natural. Las matemáticas se cultivan con fruto; de diez y seis discipulos ha hecho admitir quince el instituto en la escuela politécnica, diez y ocho en la escuela naval y doce en la normal. La familia real ha visitado el establecimiento, y S. M. se ha dignado manifestar à Mr. Roustignac la satisfaccion que le cabe por una institucion

que honre su reinado. El local es vasto y ventilado, los alimentos, etc, etc. Hay un maestro de notacion y otro de baile; este último enseña cómo se saludaba en la corte de los antiguos.”

En el diario legitimista se leía:

«Bien pronto no quedará instituto alguno en que se respeten las prácticas religiosas; sin embargo, debemos señalar como una escepcion consoladora, el instituto Roustignac. Los ejercicios de piedad se han practicado en él del modo mas regular; hay dos sacerdotes en el establecimiento, y el arzobispo de París ha confirmado últimamente sesenta y dos de sus alumnos. El local es ventilado.... etc, etc. Hay un maestro de canto llano.”

Ademas de estos matices políticos, los habia tambien domésticos, por decirlo así, y el capitulo de las seducciones de familia.

Para las madres de familia se decia:

«La misma madama Roustignac es la que arregla el tocado de los niños por la mañana,

la que les hace lavarse à su presencia, peinarse y cepillarse, como lo haria la mas cuidadosa mamá. El local es.... etc, etc. Hay barandillas de hierro delante de los estanques y rejillas en las ventanas.»

Para los padres vanidosos se decia:

«El colegio Roustignac se distingue siempre en las solemnidades universitarias; ha dispuesto treinta premios para el gran concurso, y ciento cincuenta para el colegio; trescientas veinte y cuatro prebendas entre todo. De él ha salido el alumno Patonillot, coronado treinta y seis veces, y el discípulo Mistigri, hijo de una de nuestras celebridades literarias.

El local es... etc., etc. Los padres dotados de alguna inteligencia conocerán el buen éxito que pueden tener en ella sus hijos.»

—Júzguese del efecto que producirian estos anuncios, en tonos enteramente nuevos: la casa de pension de Roustignac asombró à todo el mundo: por todas partes se espedian per-

sonas, francas de porte, de los cuatro rincones de la Francia. Nuestro industrial superó todas las dificultades, negándose á admitir á algunos monotes escrupulosos: este era otro medio de halagar á los que ya estaban admitidos. En una palabra, fué aquello una fortuna sin igual. El institutor se mostró digno de ella, el éxito no le embriagó. Comprendió lo primero que la lucha universitaria iba á ser la piedra de toque de los institutos, y se preparó antes que ninguno. No era por otra parte un industrial comun y sin estudios: sabia hasta qué punto pueden modificar las fuerzas vivientes los alimentos del cuerpo, y se resolvió á aplicar este sistema al alimento del alma. Mas de una vez habia oido citar aquella historia de un pastor inglés que trasformaba á su grado un buey en un carnero; modificaba por medio del régimen el grueso y peso de los huesos, el volúmen del esqueleto tenia, segun su voluntad, la gordura en la pierna ó en el pe-

cho, y disminuía los espacios intercostales ó reforzaba las costillas. Sabia tambien que este régimen, aplicado al hombre, tenia cierto éxito, que por su medio formaba pendencieros y jockeis; á unos dándoles fuerza para pegar puñaladas, y á otros reduciéndoles al estado de fantasmas. Asi se obtenian por medio de la alimentacion y del ejercicio miembros casi artificiales, pero perfectamente aptos para el pujilato ó para la carrera de caballos. La idea era ingeniosa, y ya no se trataba sino de aplicarla á la infancia.

El colegio de Roustignac tuvo tambien este honor: inventó la cultura y la educacion de las especialidades en el sentido del concurso universitario. Se creó en él la categoria del tema griego, de la version griega; el tema latino y la version latina, la historia, la elocuencia francesa, la geografia y las matematicas; en fin, todos los ramos de la enseñanza tuvieron una tribu de Levitas mas par-

ticularmente encargados de desempeñarles. Se puso en práctica en los alumnos el sistema seguido en los bueyes y los carneros, ó si se quiere en los pendencieros y jockeis: se les dirigió á un resultado determinado; se alimentó el alma de modo que las materias se dirijiesen mas bien á una parte de la inteligencia que á otra, y que la elocuencia francesa, por ejemplo, no perjudicase á la version latina. He aqui cuál fué el descubrimiento del director á quien habia yo confiado el primogénito de mi raza. Aquel hombre era tan grande como modesto, ni siquiera sacó un privilegio de invencion; asi ha sido tan afrentosamente robado por un cofrade. Desde que mi Alfredo estaba en el colegio se habia hecho un pozo de ciencia. La pobre Malvina no podia conseguir que la comprendiese su hijo, hubiérase dicho que el peyillan habia olvidado el francés, porque no hablaba mas que el griego: esto era encantador. Cuando yo le interrogaba amistosamente sobre sus estu-

dios, no me dejaba hablar una palabra.

—Y bien, Alfredo, le decía yo, vamos bien, no es verdad? Qué dice el señor Roustignac, está contento?

—*Onor, el asno que tan bien canta*, me respondía el pequeño helenista.

—Y el padre, estás contento con él, hijo mio? añadía Malvina. Sino lo estás es preciso decirlo: se quejará tu padre.

—*Agathos, bien, bravo, á la guerra*, replicaba mi heredero.

Et sic de ceteris; yo creo que agotaba las raíces griegas de Port-Royal, no tenía otra cosa en la boca que el griego; los descendientes de Leonidas no le hubieran superado. A los ocho años saber griego! sostener una conversacion en griego! Esto era prodigioso, mi corazón de padre rebosaba de júbilo; sin embargo, Malvina hubiera preferido una lengua moderna.

—Y bien, tal era el rigor de las circunstancias que era preciso interrumpir brus-

camente una educacion tan brillante, y cortar las alas à aquel genio naciente. El colegio de Roustignac habia subido los gastos de trimestre à un grado de perfeccion à que mi bolsa no me permitia tocar. Este era su sacrificio cruel y el último, pero era preciso resolverse à ello. Algunos dias antes de cumplir el trimestre me dirigí al colegio para decir al director que se le iba à quitar mi hijo. No creia yo que esta medida pudiese experimentar la menor dificultad, pero apenas manifesté el objeto de mi visita cuando sé anubló el rostro del director.

—Devolveros à Alfredo? Pero eso es imposible; vos no lo quereis, M. Paturot.

—Pero caballero, es mi hijo.

—Es verdad, pero tambien es nuestro primer testo griego, un muchacho precioso. Sí señor, que tiene la protuverancia del testo griego muy desarrollada. Quitárnosle! pesete; y por quién!

—Al pronunciar estas palabras el señor

Roustignac media á pasos ajigantados el aposento, y revelaba sus impresiones en un monólogo entrecortado.

—Quién me jugará esta tostada? Apuesto á que es Barbichon! Sí, Barbichon es, añadió golpeándose la frente; acaba de hacer un viaje á provincias para procurarse un testo griego de algun valor. Ah! Barbichon, con que quieres soplarme mis testos griegos? Pues bien! nos veremos, sopista, nos veremos. Tú has aumentado el precio á quinientos francos por tener la version latina que me ha tenido ajitado en el último curso, pero no me sutilizarás este, hijo mio.

Escuché todo esto sin conprender del todo su insignificado; en fin, cuando el director estuyo mas calmado, me volví hácia él para renovarle mi demanda.

—Basta, Mr Paturot, os comprendo y voy derechamente al caso. Cuáles son vuestras condiciones? cuánto exijis?

Yo creí soñar: los papeles estaban equivocados. El director advirtió mi duda y prosiguió:

—Cualesquiera que sean las ofertas que os hagan, caballero, os pido la preferencia. Tengo algún derecho.

—Verdaderamente, caballero, que no os comprendo, le dije. Mis posibles no me permiten en lo sucesivo.

—Eh! no es mas que eso, mi querido Mr. Paturot? Por qué no lo deciais? vuestro Alfredo es un tesoro, un testo griego sin igual. Nosotros le guardaremos, padre afortunado; nosotros le educaremos en honor al helesmo.

—De veras?

—Le vestiremos tambien si lo deseais, Mr. Paturot! un muchacho como él, un testo de los primeros! Sabed que me habiais asustado. Os creia vendido á uno de mis competidores,

—Yo, oh! qué idea!

—Mr. Paturot, adoptó à vuestro niño; acabará sus estudios en el colegio, no solamente lo prometo sino que lo firmo; vamos à hacer una escritura.

—Vuestra palabra basta.

—No importa, vamos à firmarlo, es mas seguro. Un testo griego como ese! hubiera enviado diez comisionados à provincias y no me hubieran encontrado otro semejante.

Hice lo que queria el director: él se obligó à tener mi hijo sin indemnizacion, y yo le prometí dejarle en el colegio mientras durasen sus estudios. Sin conocer hasta qué punto podian llegar los descartes de una afectacion especial, acababa de consagrar à mi Alfredo al testo griego, como se tira una flecha al blanco. El padre Roustignac no habia dado el golpe en vago: mi hijo no desmintió el oróscopo. Al fin del año escolar se leia en todos los periódicos.

« El jóven Alfredo Paturot, del colegio de Roustignac, ha tenido el honor de co-

»mer con el ministro de instruccion pública.
»Sabido es que este jóven ha obtenido el
»primer premio del testo griego en el con-
»curso. Este es el mas brillante suceso de
»este género desde la creacion de la univer-
»sidad.»

Felicitándome de este resultado, el di-
rector añadió:

—Mr. Paturot, enviadme à vuestro hijo
segundo; nosotros le instruiremos en la ver-
sion latina.

XXII.

El capitalista de Oscar-Clichy.

No obstante los inauditos esfuerzos que se hacian, la casa de Paturot se arruinaba bajo el peso de los réditos: no se coge un préstamo impunemente al quince y al veinte por ciento. De la usura decente bajé á la mas escandalosa ; el dinero no llegaba á mi casa mas que á costa de pasos humillantes y sacrificios penosos. La cosa llegó al punto de que á falta de recursos, un dia fui á casa de Oscar, no obstante la promesa que habia hecho á Malvina de no poner los pies en ella; yo sabia que era ingenioso y fértil en expedientes.

—No es mas que eso? me dijo despues de

haberme escuchado; ven Gerónimo, te voy a llevar a casa de mi capitalista.

El capitalista de Oscar!!! El pintor de S. M. tenía un capitalista!!! Quién lo hubiera creído! En todo caso, el descubrimiento era bastante curioso para merecer ponerse en práctica. Acepté, pues, la oferta. El pintor dió un tinte verde a un fauno que hacia segun su método ordinario, dejó su blusa, se vistió, tomó su sombrero y partimos. El capitalista de Oscar se desdeñaba de habitar en un barrio miserable; vivia entre el palacio real y el Louvre, en una de las callejuelas que desembocan a la calle de S. Honorato, en una casa que le pertenecia, y que él solo ocupaba. Juzgué en un principio que íbamos a ver uno de esos tipos de usureros, consagrados por la tradicion é ilustres en las novelas, y me le figuraba ya de antemano un anciano seco y descarnado, habitando un desvan de curiosidades disecadas; así le querria la tradicion. Cuál fué mi sorpresa cuando despues de una puerta

nada decente, vi un interior muy bien puesto, escaleras alfombradas, mamparas de terciopelo, una antecámara, un salon, un gabinete suntuosamente amueblados. En esta última pieza es donde nos recibió el capitalista de Oscar, joven de treinta años cumplidos elegante y cortés, no teniendo en sus formas nada de usurero, ni las uñas retorcidas, ni los labios amoratados, ni los ojos hundidos. Yo no salia de mi sorpresa.

Oscar me presentó á él, y le dijo mi pretension. El capitalista se sonrió con gracia; evidentemente la negociacion estaba concluida. Ni la menor señal de descontento ni de mala voluntad, ni pregunta alguna fastidiosa, indicio de desconfianza. Hubiérase dicho que era un amigo que ponía su gaveta á mi disposicion, sin garantías ni fianzas: él era quien parecia estarme obligado. Qué descubrimiento, el tal capitalista! Ya no me admiraba yo de que Oscar se hubiese hasta entonces reservado el monopolio.

—Mr. Paturot, me dijo con una voz cariñosa, os hacen falta veinte mil francos; los tengo á vuestra disposicion.

—Ah! caballero, le dije, muchas gracias!

—Vos arreglareis esto como os acomode.

—Caballero, respondí, eso seria demasiado: me ceñiré á las condiciones de costumbre.

—De todos modos será á vuestro gusto. Vos me lo afianzareis como podais, en hilos, en franelas, en chales de cachemir, en perlas de Golconda, en pedazos de oro! Eso esta absolutamente á vuestra discrecion.

El desinterés del capitalista se esplicaba: prestaba pero queria un cambio. Esta proposicion dió otro curso á mis ideas. No me quedaba mas que un derecho del almacen de difícil venta, y aun imposible; creí que la ocasion era favorable para procurarme dinero sobre aquel valor muerto, y se lo ofrecí al prestamista.

—Muy bien! caballero, muy bien! me di-

jo; haced la nota de vuestro depósito. Poco importan los artículos.

Conservaba yo todo el estado en la memoria y se lo recité muy exactamente, acompañándole de un desistimiento en favor del capitalista.

—Mr. Paturot, me dijo entonces, sé que sois un hombre honrado. Valuad vos misma los géneros que me ofreceis en garantías, y os adelantaré lo que ascienda al momento.

—Caballero, le dije, he aquí lo que se llama una perfecta legalidad por vuestra parte. Eso es ofender mi pundonor; no desmereceré de vuestra confianza.

Con efecto, para corresponder à este buen proceder, tuve una ejemplar discrecion en mis valuaciones; no obstante, ascendieron à veinte y dos mil francos.

—Veinte y dos mil francos, perfectamente; veinte y dos mil francos los tendreis, caballero.

—No obstante, añadí, si no quereis para

mayor seguridad darme mas que veinte mil, acepto.

—No, Mr. Paturot, serán veinte y dos mil, replicó con la mas amable sonrisa; el trato no tendrá efecto sino es bajo esta condicion.

—Bien! caballero, no hay un hombre mas bueno que vos.

—Desgraciadamente, Mr. Paturot, añadió el capitalista, moviendo los ojos con ternura y dando un ahogado suspiro, venis un poco tarde. Ayer presté cincuenta mil francos á un hijo de familia á punto de arruinarme; y no me restan mas que seis mil francos en caja. Será pues, menester aguardar, tres semanas para lo restante. Qué lástima!

Me hallé burlado; el pícaro sabia que no podia aguardarme; me habia asi conducido poco á poco hasta el limite de mis proposiciones sin apartarme de ellas, sin descubrir sus baterias. Veia yo que íbamos á volver de nuevo á los antiguos medios de hipocre-

sia. Pero, qué hacer! Seis mil francos en numerario era alguna cosa: aguardé, pues, la jugada à pie firme.

—Entretanto, caballero, prosiguió con un tono mas sério, si algunos gèneros de despacho muy corriente pueden haceros al caso para los diez y seis mil francos que completan vuestra suma, veremos de arreglarlo cuanto antes.

Este era el pacto de venta; una reminiscencia de Moliere. Me veia obligado ya à escoger entre el *horno de ladrillo*, muy útil à aquellos que son aficionados à destilar, y la *colgadura de tapiceria que representa los amores de Gombaud y de Macée*; tenia que cargar con *alfombras guarnecidas de nácar y de perlas*, *boliches y loza de Bolonia*. Y bien! hay en la vida momentos de vértigo tales, que ni la reflexion, ni la vergüenza de verse engañado, pueden detener à un hombre. El capitalista de Oscar conoció su víctima; vió que yó le pertenecia.

Nos levantamos, y me condujo à sus almacenes. La casa entera era un lugar: todos los pisos estaban llenos de objetos de pacotilla, de géneros estrambóticos, de artículos de desecho. El propietario parecia cambiar en este magnífico surtido.

—Mr. Paturot, me dijo, recobrando un aire afectuoso, sois diputado; teneis derecho à todos mis respetos. Amenudo he tenido trato con diputados, lo mismo que con los pares de Francia; soy conocido de los hombres de Estado. Buenos procederes, he aqui mi título, las personas que me tratan se acuerdan de él. Ved, prosiguió, mostrándome la mas detestable coleccion de trastos que se ha visto debajo de la capa del cielo; escoged ahí dentro. Nada os impongo, ni los precios ni los artículos. He aqui una parte de jaulas de un gusto encantador, por las cuales me ha ofrecido ayer cinco mil francos un especulador que queria enviarlas à Canarias: à vos os lo cederia

todo por cuatro mil francos. He aquí pipas que adquieren cada día mayor valor à consecuencia de aumentarse el número de los fumadores. He aquí doscientos sombreros de pelo de nutria, seiscientas botas de montar, dos mil cajas de obleas, trescientas polichinelas, cincuenta y seis mil mondadientes de madera de las islas, ochocientos parches de pez de Borgoña, ciento y dos mil garvanzos para cauterizar, acompañados de tres mil aprieta-brazos, setecientas ratoneras de hierro galvanizado, ocho mil espaviladeras mil y cien acordeones, mil flautas, quinientos daguerreotipos, diez y ocho mil estatuas completamente desnudas.

—Basta, le dije aturdido por aquel ruidoso inventario, voy á escoger mi parte.

—Ahí os dejo, Mr. Paturot, sois dueño de mis riquezas, disponed de ellas como mejor os plazca.

Acabé aquel triste negocio, y en pago de una fianza real cogí vales imaginarios, jaulas,

mondadientes, ratoneras y acordeones. En todo esto no veía yo más que los seis mil francos que tenía que recibir.

Así es como acumuló sobre mi cabeza una tempestad que al fin estalló. Un día faltó dinero para hacer un pago; mi escritura quedó en fianza, los protestos se sucedieron uno tras de otro, y bien pronto fué pública la noticia de mi bancarota. Pero todavía me mantuve firme, esperaba preservar á mi nombre de la mancha legal y evitar la declaración de quiebra, mis mayores acreedores estaban dispuestos en mi favor; me compadecían y me prometían socorrerme. Solo el capitalista de Oscar se manifestaba intratable y me persiguió acérrimamente. Aunque afianzado se creyó al descubierto, me lanzó en un pleito hábil y expeditivo, y antes de que hubiese tomado mis medidas obtuve una orden para prenderme. Con más sangre fría hubiera podido buscar más enredos y ganar tiempo; pero ya no sabía yo dónde tenía la cabeza, y sucumbía á tantas

pruebas. Fuè me preciso hacer dimision de gefe de batallon y de diputado, y me quedè desnudo bajo el golpe de una sentencia ejecutoria. Los usureros conocen el valor del tiempo. Asi es que apenas estuvieron los autos en regla embistieron mi domicilio los guardas del comercio. Fui espiado, vigilado, cogido de improvisto, y conducido à la prision de Clichy, sin tener apenas tiempo para abrazar à Malvina, à quien dejè presa de la mas horrible desesperacion.

Cuando se llega à aquel asilo de dolores ignorados en que la ley dà tormento à la imprudencia, y razon à la esplotacion, es imposible preservarse de un sentimiento de angustia y de pesar. La prision no es sombría en sí misma; su situacion que domina à Paris, la vista de algunos jardines circunvecinos y el edificio de un aspecto moderno nada tienen de repugnante; pero hay prisiones tan hermosas? Además los carceleros, los demanderos, los grillos, los cerrojos están allí pa-

ra recordar al cautivo esa dolorosa realidad que se llama prision. No hay parte alguna mas desgarradora para el corazon, mas pesada para el pensamiento. La cárcel ocupa un lugar en la vida del malhechor; él está preparado y hecho de antemano á habitarla; la deja sin alegria y vuelve á ella sin tristeza. Ha atacado á sabiendas á la sociedad, y la sociedad se venga y le secuestra como un ser peligroso; bien, ambas partes están pagadas. Pero la cárcel por una deuda pecuniaria es una verdadera tortura. Aunque los hombres heridos de esta desgracia sean conducidos bajo los cerrojos por la imprevision ó por la necesidad, no por eso deja de ser para ellos un rayo la prision, una pena á la que nada puede disponerles de antemano. Entonces se elevan entre ellos y su familia grillos que no admiten sino relaciones limitadas é insuficientes. Aquellos pobres cautivos están ligados al mundo por todos los lazos que este crea y aprecia; tienen mugeres é hijos de que son el úni-

no apoyo; y la prision hiere, condena y mata muchas veces á aquellos hijos, á aquellas mugeres. No es esto solamente una tortura para el cautivo, es tambien una grave responsabilidad para lo sociedad.

La prision por deudas es un rigor difícil de justificar, un legado de los tiempos bárbaros. Con algunas escepciones se reduce siempre á esto: pedir á un hombre dinero y ponerle en una situacion en que no puede ganarle. Para juzgar de esta pena corporal basta haber ido una sola vez á su templo; basta ver á quien se impone y en provecho de quien. En un orden un poco elevado de relaciones financieras, nadie se vale de ella sino á modo de afianzamiento. Quedan presos entonces, por una parte como víctimas, hijos de familia, pobres artesanos, hombres que han dado con ligereza su firma, gente del comercio en pequeño; y por otra como encarceladores, prestamistas sin piedad, usureros implacables ó acreedores dominados por la pasion. Por una

extravagancia que no ha sido bastante observada, la prision por deudas no recae sobre la clase para quien principalmente se ha conservado. Está instituida para actos y empeños de comercio, y sin embargo, muy pocos son los comerciantes que encierran. Cuando entran en ella es de paso, la remision de un balance basta para que les ponga en libertad, en salvo conducto. No quedan, pues, en aquel recinto sino hombres víctimas de una ficcion, infelices castigados como comerciantes y que no lo son.

Cuando entré en mi nuevo domicilio, quedè admirado de encontrarle lleno de hombres que evidentemente pertenecian à la clase artesana. Allí estaba el mayor número de los detenidos, lo cual daba à la prision el mas grande contingente. Allí habia carpinteros; ebanistas, revendedores, comerciantes al por menor, en fin, todos los comercios é industrias de baja esfera de Paris. En esta clase de detenidos, las sumas que han motivado su

encarcelamiento son siempre muy insignificantes; trescientos, cuatrocientos, quinientos francos, que los derechos de cámara y proceso ascienden casi siempre al doble. Privando á estos hombres la facultad de trabajar, se priva á su familia de pan y de asilo. Asi aquellos infortunados se paseaban tristemente por la sala comun, avergonzados de su ociosidad y con la conciencia de los padeceres que esta ocasiona fuera de aquel maldito recinto. Es muy habitual el mirar a Clichy, como al purgatorio de algunos niños prolijos que espían en él sus faltas entre el champagne y sus queridas. Alli hay hasta el menor elemento de violencia para el cuerpo: la prision por deudas es el asilo de la privacion y del hambre, no del vicio y relajacion.

¿Quién creeria que aun en aquel recinto la explotacion habia podido establecer su asiento? Y sin embargo, es cierto. He aqui á los hombres reducidos á dar su cuerpo en fianza, y que, á falta de un rescate, sufren

las penas de la esclavitud: hay aquí una declaración de miseria difícil de explicar. Quizás haya algunas excepciones, pero para el vulgo la desnudez resulta del encarcelamiento. Pues bien! todavía se puede aliviar en algo à aquellos desgraciados.

La ley, previsora á medias, ha querido que el acreedor depositara treinta francos al mes al jefe de la prision para el sustento del deudor, pero ha olvidado añadir que no pudiese hacerse reducion alguna en este insuficiente socorro. He aquí lo que sucede. El Estado dá à los presos habitaciones, pero no el mueblaje ni cama. Hay una cama, sí, pero pagando un tanto de alquiler. Cuál será la cosa en que no se especule? El cautivo paga, pues, el uso de la cama y el de los colchones, mantas, tablas y armarios; así es que los veinte sueldos se reducen à catorce ó diez y seis, ó de otro modo à ciento cincuenta céntimos. Setenta céntimos por día, he aquí á lo que está reducido el pueblo que habita en

Clichy. Esos sesenta céntimos soportan aun las ganancias de la cantina. Lo restante pertenece á los dueños del mueblaje. Hasta el agua no es libre para todos en Clichy: la pagan. El Estado debiera mostrarse mas generoso con gentes que pagan con su cuerpo el derecho de pasar por faltas de todo recurso.

Como es de pensar, llegué yo á ella con condiciones excepcionales. Como medida de precaucion, me habia puesto algunas piezas de oro en mis bolsillos, y á vista del tropel de carceleros se inclinó profundamente. Yo no comerciaba en nada, y distribuia á diestra y á siniestra liberalidades que hicieron que me tomaran por un lord inglés. Me dieron á escoger entre las celdas, y tomé la mas decente en los pisos superiores. Desde allí dominaba toda la ciudad y una porcion del antiguo jardin del Tiboli. El panorama era maguifico, solo los barrotes oscureccian la perspectiva. Cuidé de que el domicilio que me daba el Estado no ofreciese nada de repugnante á pri-

mera vista. Malvina iba á llegar, y yo queria sorprender su sensibilidad. Me puse al corriente de las costumbres del lugar, visite el jardin, la sala comun, el comedor, y en fin, cuanto presenta Clichy de curioso y útil. Al cabo de una hora de permanencia ya era yo un huesped aclimatado á aquella morada.

Todas mis glorias me habian conducido alli en medio de aquella poblacion doliente y desheredada. Me habia costado tanto trabajo subir tan alto para bajar de un modo tan afflictivo: nunca habia sido un gran filósofo, pero Clichy seria capaz de dar la filosofia al alma menos meditabunda. Al echar los ojos sobre aquella inmensa ciudad que se estendia á mis pies y me enviaba rumores confusos, pensé involuntariamente en la posicion que habia gozado; repasaba en mi memoria aquella marcha rápida por el camino de las grandezas: mi eleccion como capitan, y despues como gefe de batallon de la milicia ciudadana, mi candidatura electoral y el éxito que la ha-

bia coronado; mi situacion rentística y comercial tanto tiempo brillante, las fiestas de que habia sido el alma, la falanje de artistas que acababa de perder en mí un Mecenaz; mis esfuerzos en la carrera oratoria y el inasequible momento en que habia estado á punto de ser subsecretario de Estado. Qué recuerdos y en qué lugar!

Para salir de aquel sueño bastóme echar una mirada en mi derredor á mi celda de doce pies cuadrados, y ver aquel cántaro de agua, compañero infalible del prisionero, la estrecha cama compuesta únicamente de un colchon, la silla hecha pedazos y la mesa de pino, que constituian todo el ajuar. Esta vuelta á la realidad llenó mi corazon de un dolor que no carecia de encantos. Habia abusado de la fortuna, y no debia pensar mas en espíar mi falta.

XXIII.

Clichy. — La visita del filántropo. — El monte de piedad.

Existe en el círculo de las relaciones sociales una multitud de explotaciones que no pesan, en lo general, sino sobre los hombres experimentados por la adversidad, pues los ricos se ven libres de ellas, ó al menos las sufren voluntariamente; pero que nunca alcanzan à las clases bien acomodadas, à las familias bien administradas. De la desgracia pende el sustento de muchas industrias, partiendo desde el prestamista hasta el carcelero, pasando por el agente de justicia y el guar-

da del comercio, porque forzoso es que toda esta gente viva á costa de las fortunas apuradas, de impuestos y de vejaciones. Desde que el hombre ha bajado la primera grada de esta escalera fatal, queda entregado en manos que, de cargo en cargo y de expediente en expediente, le conducen indefectiblemente al abismo. Es indudable que la sociedad no se compadece lo bastante de los seres, á quienes cabe la suerte de experimentar cualquiera clase de desgracia: está obligada á mas proteccion y mas apoyo para con los que caen, y debiera impedir que sean repartidos sus despojos; pues que bastante terrible es la caída y bastante cruel la espiacion para que á ella haya de añadirse el tormento de la esplotacion mas ingeniosa y refinada.

Sin necesidad de herir á clase alguna, y haciendo justicia á lo que todas ellas tienen de honroso, no hay sino echar una ojeada sobre lo que pasa á ciencia y paciencia de todos. Cualquiera deuda, y especial-

mente las de sumas módicas, llega à importar un doble con los gastos de enjuiciamiento; y el que con doscientos cincuenta francos se hubiera visto libre antes de toda persecucion, no consigue ver descorrer su cerrojo por menos de quinientos francos, cuando las cosas han llegado al caso de dar lugar à la encarcelacion: los desesperados esfuerzos que haya hecho, para eludir la cautividad ó para retardar el momento de su realizacion, son otras tantas añadiduras à las dificultades, y muchas veces à la imposibilidad de la libertad; y hàse visto tambien algunas, aumentar las vejaciones en una proporcion desmesurada, contra la vijilancia de los magistrados, y lo prescrito en la ley; porque agobiado con el peso de una esclavitud corporal, y de una posicion embarazosa, el hombre no conserva jamas bien distinta la idea de sus derechos, y degenera casi siempre en victima resignada; se entrega sin defenderse. Entouces es cuando la

tutela pública debiera intervenir de una manera mas eficaz, amparar à los desgraciados y arrancarlos à la esaccion, y para ello bastaban medidas bien sencillas; una tarifa de gastos estremadamente moderada, y rigurosa penalidad para los individuos que, saltando por ella, intentasen abusar del infortunio: con una reforma en este sentido y algunos ejemplares severos quedarian remediados semejantes abusos.

Habíame apenas instalado en Clichy, y ya herian mis oidos los lamentos de la multitud que la poblaba: muy pronto puede ver que para vivir alli convenientemente es preciso tener sin cesar el dinero en la mano; solo los millonarios encuentran alli comodidad y cuanto pueden apetecer. El menor servicio tiene asignado su salario: no se conduce à la càrcel un periódico, una botella de vino, una carta ú otra cualquier cosa, sin que esta molestia tenga señalado algun corretaje. Hacer sudar los bolsillos del

prisionero hasta quedar enteramente discapacitados, tal es el gran negocio de la parroquia de los dependientes de una cárcel. La administracion no deberia tolerar que tal movil dominase, ni aun en una cárcel por deudas: estando destinada à mayor generosidad y grandeza, no debiera consentir aquellos reglamentos interiores, que no son otra cosa que una explotacion regularizada, y hacer de modo que una pena corporal, sufrida mas bien por el interés individual que por el de la sociedad, no se agravase con cargas pecunarias que la mayor parte de los presos no pueden soportar sin dolor. La administracion, además, debiera ser humanitaria; en cualquiera encierro de malhechores se encuentra una enfermeria donde se les prodiga los cuidados necesarios; pero nada hay en Clichy que merezca este nombre. Las enfermedades son alli raras, se me dirà; sin embargo, muchos presos han muerto, prueba de que es posible enfer-

mar. Los acreedores están interesados en la salud de su hipoteca; y pues que la ley les hace el beneficio de secuestrársela, deber es del gobierno, aun cuando solo fuese por esta consideracion, no dejarla perecer.

Habia pasado cerca de veinte y cuatro horas en Clichy sin que nadie hubiese venido à visitarme, y me estrañaba tanta tardanza de parte de Malvina: no acusaba yo à su corazon, pero temia alguna nueva catástrofe. Tantos sacudimientos habian trastornado mi cabeza, poseida de las ideas mas sombrías. Solo en mi encierro, con los codos apoyados en la mesa y la cabeza entre las manos, me habia entregado à una profunda desesperacion, cuando un ruido me despertó. Era ella, era mi muger que se arrojó à mi cuello con los ojos inundados en lágrimas.

—Gerónimo mio, esclamó al fin, ya estoy à tu lado, ya no soy desgraciada. Oh! que cerberos de llaveros, he creido que no

acababa nunca: déjame que te abrace otra vez, querido, añadió arrojándose en mis brazos. No te puedes fiigurar! he creido morirme doscientas cincuenta veces desde ayer; he llorado arroyos de lágrimas. Tú aquí! Dios mio! si viviese tu pobre tio!

Sollozaba y decia todo esto con voz entrecortada, abrazándome y enjugándose las lágrimas.

—Si, Malvina, mira dónde he venido á parar, á Clichy. La leccion es terrible; basta ya de amigos, ya no quiero mezclarme con nadie.

—Y tu muger, Gerónimo!.... Ayer vine dos veces, pero me encontré con la puerta cerrada. En dando las tres no se permite entrar; además de que para venir aquí se necesita pase de la policia, cuyo despacho está situado en la calle de Jerusalem, al fin del portal, y encargado á un caballero tieso como un clavo. Voy allí á la tarde; mas el caballero se habia ido á comer con su señora esposa,

porque tiene muger, á lo que parece. Vuelvo esta mañana, otro chasco. Una hora de espera como para tomar un billete en el teatro de la puerta de San Martin. Por fin, el respetable empleado me entregò mi documento: no puedes formarte idea de la altivez de su carácter.

—Pobre esposa, cuánto te hago padecer!

—Crees que ha parado aqui? En dos saltos llego á la puerta, por tres francos me ha traído el carruaje desempedrando las calles, porque era un cochero de satisfaccion: enseñó el pase y me encamino hácia la prision. Sí! sí! «Señora, hay que registraros.»

—Por qué, respondi yo, voy á ver á mi marido con el asentimiento de la autoridad; no conocéis la firma de vuestros gefes?—Corriente, señora, pero hay que llenar una formalidad; dignaos pasar á esta pieza. Está bien, repliqué, pero despachad.

—Háse visto vejacion igual?

—Aguarda! aguarda! Entro y veo venir

una muger que me pasa las manos por el cuerpo, por el chal, por él....en fin por todo: has visto horror semejante? me tomaban por contrabandista,

—Ah! ya adivino; querian ver si entrabas algo prohibido, como aguardiente ù otra cosa.

—Prohibido ó no he dado á aquella tia un empellon , que guardará memoria mucho po: tentar asi á una muger!

—No conoces que con esto te has perjudicado, pobre Malvina?

—Nada importa, ella ha llevado su empellon. Ahora que vaya á quejarse al rey, si quiere; ya nadie se lo quita.

—Lo manda el reglamento de la cárcel.

—Lo que te digo es que ha llevado su empellon, y que si cada uno la diese otro tanto pronto la cansaria el oficio. Esto es lo cierto.

—Siempre lo mismo esta Malvina. No hay para qué negarlo: á tí el engrandecimiento no te ha cambiado.

—Bueno, bueno, adulator! Pero hablemos formalmente, Gerónimo, es preciso salir de esta cueva, es indispensable.

—En eso pienso desde ayer, querida, porque en ella nada hay libre sino la reflexion y así es ella tan activa. No se puede ya retroceder, hija mia; el nombre de los Paturot está destinado á la última prueba. Presentaré mi balance, único medio que me queda, el cual está arreglado, y harás que lleven mañana al tribunal de comercio.

—Y cuándo saldrás, Gerónimo?

—Dentro de algunos días, Malvina; un agente de justicia vendrá con un salvo conducto del juez á sacarme de la prision.

—Dentro de algunos dias, lo mas pronto; quiere decir que estarás una semana aun en este infierno y eso no me acomoda.

—Cómo se ha de hacer?

—Escucha, Gerónimo, un medio hay y le voy á poner en planta aun á costa de mi cabeza. Estas paredes parece que me caen

encima de los hombros, no te digo mas. Abrazame pronto y adios! Sé prudente sobre todo, y no te aburras, añadió dándome palmaditas en el carrillo.

Y desapareciendo como una corza, la perdí de vista para todo el dia; pero yo sabia que se ocupaba de mí y esto me consolaba. Haciendo por adherirme al movimiento de la casa, bajé al villar, al gabinete de lectura, á la gran sala comun donde se confunden los encarcelados; mas todo respiraba tristeza, hasta el mismo hedor del local tenia algo de nauseabundo: sin embargo, aquel dia era fácil notar un aire de limpieza inusitada pues aguardaban la visita de un filántropo de reputacion que acompañaba al prefecto de policia. En tales ocasiones toma de repente una celeridad extraordinaria la solicitud de los directores de semejantes establecimientos: acordándose del proceder de Potemkin y de los pueblos postizos de que sembró el itinerario de Catalina de Rusia, con un solo golpe de

tambor doran y barnizan la habitacion de sus administrados y se esmeran por impregnar á la cárcel un aire lujoso y festivo, dando lugar á que los visitantes opinen que aquello es una mansion encantadora, en la cual necesariamente debe estarse á gusto, y á que feliciten al director, que es lo principal del caso. Una nota hiperbólica, inserta en los periódicos, completa la inspeccion terminada, la cual se pasa á otra cárcel y á otros ejercicios.

El filántropo que debia acompañar al prefecto de policia es un hombre que se ha creado en este género una fama europea: todas las casas de arresto le conocen y en las gale-
ras han resonado sus alabanzas. Se le debe la mejora del criminal obtenida por su conversacion, y por su influencia personal; pues cuando habia hablado solamente media hora con un penado ó con un recluso, le dejaba perfectamente mejorado: este malhechor podia en adelante aspirar á cuanto quisiese porque tenia derecho al premio Monthyon. El

filántropo contaba en su vida una porcion de conversiones alucinadoras, y con ellas habia poblado las galeras de moralistas que le eran afectos y propagaban sus lecciones: jamás se ofreció espectáculo mas edificante en el asilo del crimen. Un hombre, cualquiera que fuese el delito de que se hubiese hecho culpable, fuese de asesinato, de parricidio, poco importaba; tomado por cuenta del filántropo sucumbia y daba desde entonces el ejemplo de todas las virtudes: las naturalezas mas rebeldes fueron domadas por este medio, y hubo un instante en que se contaba tan gran número de almas puras en las galeras que, comparadas con la sociedad, parecia esa poblada de forajidos; peligro gravísimo que fué necesario conjurar, suplicando al filántropo mejorase con menos perfeccion à los encarcelados para que no tuviese que sonrojarse la sociedad.

El filántropo se ocupó entonces del alimento del arrestado, é indagó qué sustan-

cías convendrían para hacerle agradable á esta clase de la sociedad. La menestra de sus clientes se componia comunmente ya de vaca y tocino salado, ya de vaca y tocino fresco, mezclados con judías. Alimento insuficiente! Inhumanidad gratuita! A la mano estaban los elementos de los mejores *consumos*, de las gelatinas mas sustanciosas, y con la barbarie que caracteriza á los artesanos hacian de ellos pitos, juegos de dominó, puños de paraguas y otros utensilios poco penitenciarios. El filántropo ejecutó un secuestro general de estos objetos del arte, y los convirtió en menestra, en caldos alimenticios: los arrestados murieron de desfallecimiento, pero bendijeron á su amigo: esto tambien era corregirlos. Desde aquel tiempo el filántropo vió en todas partes sopas saludables y economías; las vió en las gorras viejas, en los cuellos de las levitas y en los fieltros de los sombreros muy usados. Todo á su vista se trasformaba en

menestra: esta fué la segunda fase de su gloria, tan ruidosa como la primera. Los mismos periódicos que habian celebrado la mejora de los presos, celebraron la perfeccion de la gelatina: despues de haber influido en los corazones, el filántropo se ocupaba del socorro de los estómagos, y proporcionaba indigestiones en las mismas galeras que habia poblado de moralistas.

Tal era el hombre célebre que honraba à Clichy con su presencia. Fué recibido en la puerta por el director que le aguardaba á pie quieto, y conocia al peregrino: cambiaron una mirada amistosa y dió principio la inspeccion; fueron visitados los salones, los encierros y la cocina, en la cual habia desgraciadamente unos cuantos cuartos de vaca, colgados de los garfios, espectáculo que puso sombrío el rostro del inventor de la sopa del dominó, que pareció escandalizarse de ver se alimentaba en Clichy por un procedimiento tan antiguo y vulgar; de aquí tomó

causa para vengarse, al pasar por la sala comun, donde habia colocados unos grandes bancos de baqueta que el uso habia llenado de mugre.

—Director, exclamó, dirijiéndose é este funcionario, cuando reformeis este mueble, no olvideis que de él se puede sacar excelente *cousuiné*, y al intento os daré la receta para hacerle. Es cosa divina al paladar y reconocidamente económica.

Asi habló el filántropo mientras buscaba con la vista, entre la falanje de arrestados que llenaban entonces la sala, alguno susceptible de mejora. El exámen del personal pareció no satisfacerle, y así era de esperar. Necesitaba grandes criminales, salteadores desalmados, y alli abundaban los hombres de bien; por eso la inspeccion fué corta. Lo esencial era presentarse en el establecimiento á fin de justificar la nota que debia insertarse en los periódicos del dia siguiente con letra gruesa.

«El señor,*** ese filántropo que la Europa
»nos envidia, ha visitado ayer la cárcel de Cli-
»chy, y se ha manifestado satisfecho del es-
»tado del establecimiento, comparable á los
»mejores que se conocen en Inglaterra, en
»Prusia, en América y en Otaíiti. Ha ob-
»tenido una audiencia de SS. MM. para dar
»cuenta de los resultados de su inspección.
»Sería escaso cualquiera elogio que se dis-
»pensase á la activa solicitud que se des-
»cubre en la sopa económica, etc. etc.»

Terminada ya la representación de la co-
media, la cárcel volvió á tomar su fisonomía
ordinaria. El director no por eso fué ni
mas espléndido ni mas celoso; los dependien-
tes ni mas cumplidos ni menos ávidos; el
alcaide se manifestó siempre tan fiscalizador,
y las visitas corporales no se suprimieron en
la puerta. Nada cambió en la cárcel; no ha-
bia mas que una inspección y un *reclamo* mas.

Pasó el día y despues la noche: la mañana
siguiente trascurrió tambien sin que yo su-

piese noticias de fuera. Estaba seguro de que Malvina no me olvidaba; pero qué hacia? El capítulo de las suposiciones es inmenso, y yo no le habia aun agotado cuando un demandadero agregado al servicio de la casa vino á avisarme que me llamaban al locutorio. Corri á él y encontré á Malvina que venia á hacer abrir mi prision; yo estaba libre. El capitalista de Oscar habia sido desinteresado y ya solo faltaba quedar corriente con la alcaidía. Cuando yo llegué, estaba mi muger exhalando su mal humor.

—«Esto es nunca acabar! decia; iré á decir á Luis Felipe cómo se trasquila aqui al pobre! doce francos mas; vamos, si esto horroriza!

—Esa es la costumbre, señora, es por la libertad!

—Está buena la costumbre. Enseñadme de dónde tomáis esa costumbre. Desde esta mañana no hago otra cosa que dar al alguacil por aquí, al escribano por allí, al porte-

ro de golpe, al carcelero, el papel sellado, por el finiquito, por la escarcelacion. Eso no es posible; iré á quejarme á la cámara de diputados.

—Señora, sois muy dueña de hacerlo.

—Si, y mientras no, me entregareis á Gerónimo; tomad, añadió con rabia, arrojando sobre la mesa la suma que le pedian. Asi como asi, es comprar demasiado caro el placer de no volver á veros.

El alcalde no respondió palabra, y se guardó el dinero: sin duda que estaba acostumbrado á tales escenas.

Terminados con brevedad mis preparativos de marcha, nos metimos en un coche que esperaba á la puerta y partimos. Tan pronto como dejé el átrio de la cárcel me pareció que respiraba mas libremente: Malvina estaba radiante.

—Pero cómo te has manejado? la pregunté.

—Toma, ahí está mi secreto.

—Vamos, habla, que picas mi curiosidad.

—Mi querido esposo, cuando una muger tiene à su marido debajo de cerrojos no necesita lujo; y como dijo el otro, el monte de piedad no se inventó para los habitantes de la luna. He tomado prestados de él diez mil francos! he aquí el negocio.

Todo quedaba explicado: los diamantes, las joyas, los chales de mi muger habian servido de rescate, al cual consagró los restos de nuestra opulencia; hasta la plata tomó el mismo camino. Pero este era uno de esos medios que solo sirven para agravar el mal; sin embargo, aqui la intencion lo encubria y justificaba todo. Era no obstante menester pensar en desempeñar todos aquellos objetos: para conseguirlo deposité mi balance y obtuve del dinero de la quiebra los primeros fondos disponibles para hacer el desempeño. Interesaba por todos conceptos à la masa de acreedores volver à poseer el ma-

por valor de los efectos que constituían el depósito: trasladéme, pues, con el *resguardo* de costumbre en la oficina que me indicó Malvina.

Mi pobre muger había sido mal inspirada en esta elección: guiada por su memoria, se dirigió á uno de esos agentes intermediarios del monte de piedad que gravan, con un derecho destinado á su bolsillo, las sumas que proporcionan. Esta institución es en muchos casos un lazo en que el gobierno tiene complicidad: los imponentes que se constituyen en estas casas creen tratar con agentes del Estado, y no con personas que obran por su cuenta; ignoran que encaminándose al establecimiento principal encontrarían dinero con un tres por ciento menos que en aquellas agencias. Malvina trató con uno de estos intermediarios, y tuvo que sufrir todas las consecuencias de su error, viéndome yo obligado á presentarme en su bufete con la suma necesaria para retirar el em-

peño. El depósito había sido hecho un mes y un día antes: he aquí lo que nos costó y con qué descuentos obtuve la restitución de los objetos.

Suma adelantada.	10.000 frs.
Derechos del agente: 2 céntimos por franco, 2 por 100 de empeño.	200 frs.
Derechos del agente: 1 céntimo por franco, 1 por 100 de des- empeño.	100 frs.
Derechos de tasación.	50 frs.
Intereses y gastos del monte de Piedad (el mes empezado se cuenta por mes entero). . . .	150
	<hr/>
	500
	<hr/>

Quiere decir que el gobierno, que pres-

cribe y castiga la usura, me habia prestado dinero sobre prenda, á un 60 por 100 al año.

—Es verdad que el monte de piedad es una institucion filantrópica.

ANEXO

— La verdad que el monto de las ...
una institución filantrópica.

Suma adelantada.	10 000
Derechos del agente: 2 céntimos por franco, 2 por 100 de despeño.	200
Derechos del agente: 1 céntimo por franco, 1 por 100 de des- peño.	100
Derechos de tasación.	50
Intereses y gastos del monto de Piedad (el cual impagado se calcula por tres céntimos).	150
	<hr/>
	10 400
	<hr/>

Como dice que el gobierno, que pro-

XXIV.

El delirio de Malvina.—La junta de acreedores.—El puerto despues de la tempestad.

Creia yo haber agotado la copa del infortunio cuando cayó sobre mí otra nueva prueba; Malvina enfermó gravemente. Mientras que la pobre muger hubo conservado la esperanza de restablecer nuestra posicion á fuerza de valor y de actividad, no habia padecido su salud de un modo ostensible, porque el alma dominaba al cuerpo y un esfuerzo febril encubria y disfrazaba los destrozos causados por el mal. Los cuidados del

:

almacen, los disgustos que la causaban sus hijos, los descalabros financieros y el brusco incidente de mi cautividad, todo habia contribuido á mantener en ella aquella exaltacion, aquella agitacion que llenan el espacio de una vida metodizada; pero cuando este alimento llegó á faltarla, vióse presa de un destroncamiento general, y en sus facciones se desarrolló una desorganizacion lenta, que alteró hasta sus costumbres: á pesar de lo risueña y de lo vivaracha que era, caía á veces en accesos de profunda taciturnidad y no habia cosa capaz de sacarla de este abatimiento. La casa de comercio estaba en quiebra completa, y solo remedio que me quedaba era el de seguir las bases de una liquidacion legal y las tristes formalidades que trae consigo. En Malvina la ociosidad mas absoluta habia sustituido á la existencia mas ocupada: este contraste decidió una crisis.

No obstante nuestros cuidados, el estado

de la enferma empeoraba de dia en dia; la fiebre progresaba y ya habia atacado á la cabeza, dando origen á una enfermedad que los médicos llamaban de la *meninje*. Las sangrias, las sanguijuelas, nada pudo calmar el movimiento del pulso, ni contener una destruccion evidente: el delirio complicaba la enfermedad y frecuentes accidentes nerviosos la agradaban, hasta el punto de que los momentos lucidos se hacian cada vez mas raros: mi pobre muger parecia haber perdido el conocimiento de lo que pasaba á su alrededor. Escapábanse de su boca palabras sin hilacion y voces entrecortadas, producto de una horrorosa pesadilla, é incesantes gestos convulsivos atestiguaban la violenta lucha y los esfuerzos de su rica constitucion. Desde que la enfermedad se agravó en tal extremo, no abandoné el lecho de la moribunda; yo la velaba y la cuidaba, sin consentir dejar á nadie esta atencion y este deber, y resignaba forzosamente á tomar al-

gun alimento. Cierta noche me encontraba junto á su cama; noche triste y dolorosa! en ocasion que la asistenta acababa de dormirse y mi muger parecia adormecida, cuando instantáneamente se declaró una crisis horrorosa; la agitacion de la enferma era estremada, el delirio espantoso, el hipo sin tregua, y entre gritos entrecortados se oia una especie de resuello agonizante: hubiérase creido que un pensamiento fatal la acosaba viéndola llevar sus manos á la frente como para repelerle.

—Oscar, Oscar, decia con un estremecimiento nervioso; Oscar.... Oscar.... déjame!

Sus dientes chasqueaban y fuertes oleadas de sudor inundaban su rostro! Cuán horrible es un delirio y qué de ideas puede despertar! El nombre de Oscar pronunciado en aquel estado ¿era una ilusion ó nada mas que una reminiscencia? ¿cuál era la causa de que aquel nombre se mezclase en la pesadilla y resonase en aquel lecho de agonía? Aquel

nombre se cernia sobre el periódico brillante de mi vida y parecía dominarla; yo habia obedecido, à pesar mio, à aquel hombre como se obedece al genio del mal: él me habia hecho capitán y comandante de la guardia nacional, primer escalon de mi engrandecimiento, y desde aquel tiempo, el genio de la vanidad y del desvarío no me abandonó; à él debia el conocimiento de la princesa de Flibustofkoi y de su acólito el feld-mariscal Tapanowich; él habia intervenido en mi candidatura; él habia dispuesto de mi dinero como cosa suya propia. Recopilando mis recuerdos, reflexioné entonces que mi casa habia sido la suya, que mi tesoro no habia tenido otro salteador mas brusco que el que me habia procurado su amistad, sus cuadros mas verdes que su alma, sus amigos, sus conocimientos, sus gustos culniarios: se habia hecho mas dueño de mi interior que yo mismo, hasta el punto de que Malvina lo hubiese censurado. Pobre y querida alma! se habia defendido

siempre con buen éxito de su persecucion? no habia él llevado mas adelante sus empresas?

Hay que hacerme la justicia de creer que en presencia de aquel lecho de agonía, no penetró la sospecha en mi corazón; apenas le desfloró, enteramente ocupado del sentimiento de una compasión profunda, de una ternura llena de aflicción: me tenia dadas mi muger tantas pruebas de cariño, antes y despues de serlo, que ninguna otra era capaz de combatir contra este pensamiento. Si la otra, á quien me abstengo de nombrar, habia sido mi demonio en el día del desvarío, Malvina fué siempre mi ángel en el día del dolor. Háse atacado, criticado muchas veces el matrimonio por la excepcion, por el detalle, pero háse olvidado aquella mancomunidad de intereses y de sufrimientos que le engrandece y le purifica. Las nubes pasan, y el vínculo subsiste: entonces tuve ocasion de experimentar; de

comprender por qué multitud de fibras estaba unida à la mia aquella alma que desaparecia, y hasta qué punto llega la completa identificacion de dos existencias largo tiempo confundidas. Pero solo me queda de este triste episodio, un amor mas grande hácia aquella compañera, cuyo aliento se apagaba, y un odio implacable al nombre escapado de sus labios. Abominable pintamonas! Protesté entonces sustraerme en adelante à su influencia.

Sin embargo, esta crisis que tanto me habia asustado tuvo un desenlace feliz, una traspiracion abundante templó los dolores de la fiebre, el pulso se moderó, los sintomas peligrosos desaparecieron; Malvina se habia salvado. Tres dias despues estaba convaleciente, y fiada su curacion à un cuidado esmerado: el vigor del individuo hizo volviere à recobrar la salud mas pronto y con mas facilidad: la charlataneria reapareció, y desde entonces estuve tranquilo. Para mantener tan

halagüeño estado me permití una mentirilla haciendo creer à Malvina que mis asuntos se arreglaban naturalmente, aunque bien cierto era que sucedia todo lo contrario; pues por no haber sabido detenerme á tiempo, se habia introducido el desorden en mis escritos, y mi liquidacion se presentaba bajo el aspecto mas deplorable: lo que la imprudencia del encargado de mi escritorio habia comenzado, el descuento y la usura lo habian agravado de un modo irreparable. Los libros no se habia llevado ni arreglado ni aun sinceramente, y esto hacia mi posicion mucho mas alarmante: los primeros trabajos de liquidacion practicados por lossindicos, no ascendian al 6 por 100 del dividendo justificable: un millon de deuda pasiva contra setenta mil francos de activa, tal era el resúmen. Mis inmuebles, vendidos por espropiacion forzada no habian bastado para reintegrar á mis acreedores hipotecarios: la casa de la edad media fué adjudicada al arquitecto cabelludo por dos-

cientos cincuenta mil francos, y el castillo de Valonbreuse à mi notario por ciento tres mil francos, viniendo à resultar que mis locuras aprovecharon à sus provocadores. No puede hombre alguno ser robado mas legalmente ni degollado en mejor forma.

A pesar del mal sesgo que tomaban las cosas, yo me hacia todavia ilusiones, formaba placeres para el porvenir y creia en recuperar mi fortuna. Mis acreedores iban à reunirse, y yo apetecia ofrecerles una *pro-ratea* mas crecida que la deuda activa en limpio, suplicándoles aceptasen, como garantia, mi probidad y mi deseo de pagarles del todo. Con el almacén y los restos de nuestra antigua clientela podíamos prometernos restablecer nuestros asuntos; un trabajo asiduo y una vijilancia infatigable podrian reparar el mal causado por la ociosidad y la negligencia. Malvina estaba encantada de este proyecto, reanimada con la idea de ponerse à la tarea, en la cual veia un me-

dio de rehabilitacion, cuyo porvenir le lisongeaba de antemano.

—Eso es, venga trabajo y verás! es preciso no levantar cabeza, pero no importa! Tú llevarás los libros y yo estaré à la venta.

—Ojalà no la hubieras nunca abandonado!

—A lo hecho, pecho, Gerónimo! El Padre Eterno no podría ya remediarlo; pero en siendo gente de bien, nada hay perdido, porque como decia tu pobre tio, los Paturot jamás han pedido favor à nadie.

—Qué recuerdo, Malvina!

—Ah! sí, duro es, contrista el corazon. Pobre anciano tio! sino hubiese muerto, nosotros hubiéramos sido ahora causa de que le hubiese dado un ataque. Diantre! los antiguos no eran como los modernos! sino muy delicados en materia de intereses, pagaban hasta el último céntimo! Oh! los antiguos eran puros como el oro, que es lo mas puro de lo puro!

—Seamos como ellos, esposa.

—Hasta la muerte, querido. Vuélveme á la tienda y verás.

De esta suerte nos animábamos y alimentábamos nuestra ilusión: la esperanza echa raíces muy profundas en el corazón del hombre. Poseído de esta confianza, descuidaba ver á mis acreedores é implorar su compasión: me parecía que la esposición de mis pérdidas, hecha por los síndicos de la quiebra bastaría para justificar mi insolvencia y hacer manifiesta mi buena fe. Por interés mismo de la liquidación mi convenio era una cosa útil que no debía, al parecer, encontrar opositores; pero yo no contaba con aquellos acreedores feroces que se suscitan siempre del seno de una masa, ni con los astutos que tratan, haciendo la oposición, de procurarse un convenio particular. Anduve descuidado de esta manera hasta el día señalado para la junta, y á nadie visite; valiéndome esta conducta la indisposición con la mayor

parte de los tenedores de títulos que vieron en ella un orgullo y una reminiscencia de mi antigua altivez de diputado. Mezclóse también en esta cuestión la política; se formó sin mi noticia un complot, una cábala que debía darme una lección estrepitosa; cuya explosión debía verificarse en público ante el juez comisionado. Nada hubiera yo sabido á no ser por una visita singular con que fui honrado la mañana misma de la reunión, en el momento en que iba á trasladarme allí.

—Caballero, me dijo la persona que acababa de ser introducida en mi gabinete, no me conocéis?

Era uno de los prestamistas que más usurariamente me habían tratado, á quien conocía demás, y que por lo mismo saludé por su nombre.

—Caballero, añadió entonces, el tiempo iusta, porque á uno y á otro nos estarán aguardando en el tribunal de comercio, y por lo tanto será breve. Creeréis acaso que va á

tratarse sencillamente de vuestro negocio, que obtendreis un arreglo; pero os equivocais, porque vais á hallar acreedores irritados é implacables.

—Cómo asi?

—Cómo? eso seria muy largo de explicar. En primer lugar, no podeis dar mas que un 6 por 100; un 6 por 100, es decir, un nada. Nadie tiene interés en ser condescendiente con vos.

—Doy lo que tengo como hombre de bien.

—Sed pícaro y dad veinte por ciento.

—Caballero....

Vamos al caso. Vais á ser atacado violentamente, y á no obtener vuestro convenio porque el negocio está amasado.

—Y quién me ha hecho ese servicio?

—Yo, y vengo á ver si quereis que la bomba estalle: la mecha está en mi bolsillo, y yo encargado de darla fuego. Reflexionad pronto, pues solo nos quedan doce

minutos, añadió, dirijiendo la vista à mi péndola.

Conoci que me las habia con un truan familiarizado con tales empresas, y que caminaba à paso seguro: importaba, pues, saber á dónde queria ir à parar.

—Condiciones? le dije imitando su laco-nismo.

—Muy ventajosas, replicó: me renova-reis mi titulo poniéndole fecha del mes de agosto próximo.

—De lo contrario....?

—De lo contrario no hay convenio, por-que no tengo mas que abrir la mano, llena de borrascas.

—Pues bien, caballero! abridlla: he sido desgraciado, pero no seré desleal: poco he tenido que ofrecer á mis acreedores, pero no me dejaré supeditar por ninguno de ellos en detrimento de los demás, pues seria un proceder indigno.

—Es vuestra resolucion?

—Sí señor.

Oido esto, tomó el sombrero y se marchó. No me pesó, por cierto, haber desechado esta oferta; pero mi corazón se oprimía con la idea de las hostilidades que iba á sufrir, habituado, como lo estaba, á considerar una junta de acreedores como una mera formalidad, que ahora iba á trasformarse en una lucha apasionada. Cuando entré, en todas partes distinguí miradas hostiles ó curiosas: porque un ex-diputado en estado de quiebra es un espectáculo bastante raro, de que se gozaba entonces, sin embargo, en mi persona. Los síndicos dieron su informe favorable, y en él aparecían justificadas mis deudas, y algunas reconvenciones, bien merecidas por mi negligencia, formaban la censura: cuando este documento hubo sido leído, mi enemigo se levantó y sacó del bolsillo un formidable legajo de papeles: era un contra-informe, un requisitorio con todas las formalidades: jamás se vió una mesa de cargos acu-

mulados con mas arte: mi adversario habia compulsado todos mis libros y encontrado en ellos huellas de las enmiendas que mi autoridad se habia permitido en otro tiempo. A medida que se desenvolvía la série de las ocupaciones, veia yo teñirse de un color oscuro el rostro del juez comisionado, y oia levantarse un murmullo sordo en el seno de la reunion. No estaba yo delante de mis acreedores, estaba delante de un jurado, llegando el encarnizamiento de mi antagonista hasta pronunciar, la palabra bancarota: yo estaba consternado, aterrado, porque no habia entrevisto esta nueva espiacion. Era forzoso, sin embargo defenderse, y lo hice balbuciente, con la muerte en el corazon; invoqué mi buena fe, mi indigencia actual, la antigua probidad comercial inherente à mi nombre; mis palabras me atraieron algunos acreedores, que vieron en ellas la emocion de un hombre honrado y el acento de la conviccion. Pero la influencia de mi enemigo era demasiado pode-

rosa y me habia asestado golpes tan mortales que me imposibilitaban volverme à reponer; asi pues, se me negó el convenio por una mayoría bastante crecida. Esto es lo que sucede en casi todos los asuntos en que el fallido no sufre la ley de los que proponen arreglos individuales y no se somete á las condiciones que le dictan.

Adios , desde entonces , mis proyectos y los de Malvina ! la masa de acreedores se reunió, y se apoderó de los instrumentos de trabajo que nos quedaban ; de almacén, géneros, muebles, y toda especie de valor; quedando nosotros desnudos y despojados, y con la miseria en perspectiva: no podia ya bajar mas hondo. Qué hacer? dónde encontrar empleo? Nuestros últimos y débiles recursos iban á agotarse, y era preciso tomar un partido; Malvina queria volver á su ocupacion de oficiala pero yo se lo impedí: me parecia imposible que el gobierno no hiciese nada por un hombre que habia siempre mar-

:

chado con él, representando un papel en la cámara de diputados, y sido, á poco, subsecretario del ministerio de Estado: no era creible se dejase perecer de miseria un voto, largo tiempo adicto, y una brillante existencia en otro tiempo. Pedí por lo tanto, una audiencia al presidente del consejo de ministros que me acogió muy cortesmente. Buscóse por todas partes una plaza vacante que no estuviese prometida á un diputado en ejercicio, pesquisa que duró muchísimo tiempo porque mis ex-colegas tienen tantos electores á quienes sustentar, que siempre andan rebuscando todo cuanto sea capaz de apagar tan insaciables apetitos: por fin, se descubrió en un pais lejano una colocacioncilla de mil escudos que se me ofreció, y acepté con agradecimiento.

Dirijíme allí con Malvina, desengañado de la grandeza, y resuelto para lo sucesivo á mirar las cosas mas filosóficamente: aquel torbellino de Paris, en el cual la cabeza mas

sana sufre desvarios , no es, con todo, un recuerdo tan embriagador que no pueda desecharse: en una provincia se dà mucha mayor accion al pensamiento, mucha mayor libertad à la meditacion; el paisaje, en esta, es encantador, y de él gozamos à todas horas: la naturaleza remplaza con éxito à todos los prestigios del arte, y no hay decoracion de teatro que pueda representar los efectos de la postura del sol en nuestras montañas. La casita en que vivimos es pequeña pero deliciosa; tiene salida por una fachada à la calle principal del pueblo, y por la otra à un jardin, bañado por un rio: yo pesco truchas, mi muger coge canarios: hago todas las noches tertulia al conservador de hipotecas, y Malvina dà leccion de guitarra à su hijo mayor. Asi pasan los dias que se asemejan unos à otros, sin sorpresa y sin dolor.

Cuanto mas me pregunto, mas conozco que he sido criado para esta vida apacible. Ningun placer me encuentra indiferente: me

interesan mis dos hileras de manzanos, mis matas de frambuesa, mis tablas de legumbres, cualquier cosa me ocupa, cualquier cosa me estasia. En la politica como en la industria, aquel don placentero del entusiasmo, aquella facultad de seduccion pierden con facilidad à un hombre: yo marchaba con el pecho descubierta por medio de una sociedad armada de coraza; obedecia al vicio como un fanfarron sin ser de la estofa del vicios: la echaba de astuto y me engañaba. Solos dos caminos hay hoy para los politicos y los industriosos; el uno lleva à la consideracion, el otro à la fortuna: el primero exige rectitud, el segundo habilidad: no tenia yo bastante firmeza para escoger el primero, ni talento suficiente para seguir el segundo. Dotado de mas imaginacion de la necesaria à un hombre de negocios y de mas candor del que requiere un politico, era de antemano una víctima destinada à todas las decepciones y à todos los tropiezos. Seré yo el único que desconozca

el alcance de su corazón, y no habrá, entre los industriosos, quien abrigue pretensiones semejantes à las que han causado mi perdición? Dejo à los lectores el trabajo de sacar esta consecuencia, digna de suscitar infinitud de reformas: quizá destine a muchos comerciantes de telas à su batán, à muchos ganaderos à sus ganados, à muchos comerciantes à su mostrador, à muchos majistrados à sus juzgados, à muchos abogados à su bufete.

MI ejemplo no sanará à nadie, ya lo sé. porque la ambición no capitula facilmente, y no es dado à todos los corazones alucinados entretenerse con los árboles frutales ó con la mejora de la col de Bruselas. Por lo que hace à mí, puedo decir que me bastan estos gustos campestres, à los cuales Malvina añade las distracciones de la pajarera y el recreo del ruiñeñor: mi hijo segundo recoge nidos de pájaros, hasta que los estudios le llamen à la capital; su hermano conti-

nua siendo el primer tema griego de la universidad.

Rara vez sabemos novedades de París. Sin embargo, un pintor joven enviado para adornar el altar mayor de la parroquia de nuestra residencia, me ha dado noticias recientes de Oscar: el abominable pintaratas ha sido condecorado, y continúa ejecutando los retratos de S. M. para los comunes de Francia, siempre mas verdes que la naturaleza. Se han encontrado, al fin, las huellas de dos de mis principales deudores; la princesa Flibustofskoï y su acólito Tapanowich: la palatina ha establecido un café en las venturosas márgenes del Newa, y el feld-mariscal frega los vasos del establecimiento.

FIN DE GERÓNIMO PATUROT.

UNA QUERIDA ANDALUZA,

POR PAUL DE KOCK.

VERSION

DE D. EUGENIO GONZALEZ DE APOUSA.

una de las el primer... grupo de la...

Rara vez sabemos... de Paris...

de... ANA QUERIDA ANDALUZA

de... POR PAUL DE KOCK

de... DE DR. EUGENIO GONZALEZ DE APOSTA

de... DE DR. GONZALEZ DE APOSTA

de... DE DR. GONZALEZ DE APOSTA

de... DE DR. GONZALEZ DE APOSTA

de... DE DR. GONZALEZ DE APOSTA

de... DE DR. GONZALEZ DE APOSTA

UNA QUERIDA ANDALUZA.

—

Prefero mil engaños en Paris al
mas frenético amor en Andalucía.

«Oh! cuán lindas, seductoras, halagüeñas y voluptuosas son las andaluzas! Allí es donde debe uno ser querido para conocer todos los goces del amor, para saber hasta qué estremo puede una muger llevar esta pasión...! En este punto, todo conspira para seducir; un clima abrasador, un cielo puro, un aire ambarado con el perfume de las flores y demás plantas aromáticas que tan fértil país rinde con abundancia; noches breves y serenas, canciones picantes y ricas de armonía;

todo, hasta el vestir de sus habitantes, es á la vez gracioso y pintoresco; sí, todo predispone nuestra alma á las mas voluptuosas sensaciones. Ah! amigo mio; figùrate una jóven andaluza.... no te hablaré de las que residen en las ciudades; su trage, casi siempre negro, respira tristeza, luego son en extremo esclavas de la etiqueta para dejarse llevar, al menos delante de gentes, de su amable natural: quiero darte á conocer una hija de las montañas, una aldeana de Andalucía.... estas no son tan toscas, torpes, ni afectadas como las de las cereanias de París. La ardiente sangre que circula por sus venas dá á sus negros y rasgados ojos una espresion que no hay pincel asaz hábil para trasladarlos al lienzo: todo se encuentra hermanado en las miradas que te dirijen, gracia, amor, viveza y languidez. Todos sus movimientos respiran donaire, y la toquilla que encubre sus cabellos, el escaso zagalejo con guarniciones de vivisimos colores que

no oculta su bien torneada pierna que termina en un lindísimo pie, el ajustado corpiño que tan perfectamente delinea las bellezas por él ocultas.... en fin, caro amigo, es inútil toda resistencia: y pues deseas hacer un viaje de recreo al paso que de instrucción y olvido hácia una querida veleidosa, créeme, parte á Andalucía.... En ella encontrarás mugeres que borrarán bien pronto de tu mente la imágen de la que inconstante hizo traición á sus juramentos.»

Este discurso iba dirigido á uno de nuestros parisienses, gallardo mancebo de veinte y cinco á veinte y seis años, por otro de alguna mas edad, pequeño, gordo y feo, en el *boulevard* de los Italianos.

El apuesto joven que habia escuchado á su compañero sin interrumpirle, exclamó:

—Cómo! me aconsejas vaya á hacer la corte á las aldeanas andaluzas?

—No te digo que vayas; pero puesto que piensas viajar, por que no te decides á ir allá?

—Y tú hicistes muchas conquistas en ese pais, Germilly?

—Si, amigo mio, en parte alguna he sido tan feliz!... Oh! encantadoras andaluzas! por qué os dejé y volví á Francia! No puedes formarte una idea de lo que estas mugeres me amaban.

—Ciertamente que eso me dá grandes esperanzas. Si, las francesas son muy coquetas, muy inconstantes!.... engañarme.... serme infiel.... me desespero!....

—Lo creo, tomas esas cosas muy á pecho.

—Estoy resuelto, dejo á Paris por mucho tiempo.

—Irás á Andalucia?

—Tal vez.

Algunas semanas despues, nuestro parisiense, llamado Federico Dernange, paseaba por las calles de Córdoba, admirando los gigantescos edificios de esta ciudad, de que los moros fueron largo tiempo poseedores:

ciudad curiosa, rara, magnífica y sucia, patria de los dos Sénecas, de Lucano y de los mejores caballos de España. No había sido su conversacion con el gordo y feo Germilly la que había motivado su viaje à Andalucía; un negocio de bastante interés, que no dudaba terminar mejor que los procuradores, fuera la causa; pero quizás le habría evitado, si la conversacion con su amigo no hubiese escitado su curiosidad.

Federico, joven, rico y amable, amaba con delirio à las mugeres. Había obtenido de ellas infinitos favores; las había engañado.... Es casi indispensable, mas, diré es necesario engañar mucho para amar à muchas. Pero su última querida se había atrevido à tomarle la delantera, y Federico, furioso porque le hubiesen hecho una vez lo que él hacía tantas, cobró inestinguible odio à sus bellas compatriotas, y entre sí esclamaba: «Viajaré, iré lejos de París à buscar una muger que sepa verdaderamente amar.» Este joven

seguramente estaba de mal humor cuando esto decia.

Federico no tardó mucho en terminar el asunto que le arrastraba á Córdoba. Habia-se formado la idea de que en punto á fidelidad tenia bastante analogia con París, é incomodado por esto y por las conversaciones alrededor de un brasero, resolvió ver el pais y partió á Andujar. Al recorrer las diez leguas que separan á ambas ciudades, admiró las bellas campiñas y el feraz suelo de Andalucía, que ofrecian casi espontáneamente los frutos mas delicados, y llamado con justicia la caballeriza, la bodega y el granero de España.

Pero no era la voluntad del parisiense admirar solo tan lozana vegetacion. Se complacia mucho en pasear por las alamedas de naranjos y limoneros; sin embargo, no habia hallado aun lo que con tanto anhelo buscaba; una muger mas hermosa, seductora y graciosa que las que habia dejado en París. Al-

gunas hubo visto dignas del buril mas entendido; pero no eran estas todavia de las que el gordo Germilly le habia hablado.

Despues de una corta residencia en Andujar, resolvió Federico recorrer las cercanias, no en carruaje, cual muelle sibarita, sino solamente acompañado de un mozo, guia cómodo y que se despide cuando deseamos detenernos en algun punto.

Era un compadre de aventajada talla y alegre catadura el que servia de guia á Federico; tez morena, ojos negros y vivos, maneras sueltas y atrevidas, un verdadero mozo de mulas de la Fontaine: cantaba alegremente, acariciaba su mula, la elogiaba y dirigia los epitetos mas dulces; luego chupaba con delicia un cigarrillo de papel que acababa de hacer. Las mulas agitaban con frecuencia sus cabezas, al parecer enorgullecidas por verse tan engalanadas; y poniendo en accion un sin número de cascabeles y campanillas que llevaban atados al cuello, producian un sonido

argentino y cadencioso, que servia de acompañamiento à las canciones del mulero.

Seguian las márgenes del Guadalquivir dejando à las mulas acelerar ò contener el paso, segun su capricho. Federico contemplaba estático los frondosos panoramas que presentábanse à su vista: tan suave clima le parecia formado espresamente para el amor; ahogados suspiros despedia su angustiado pecho, y sus ojos seguian à todas las aldeanas que pasaban à su lado. Estas miraban con complacencia al joven francés, cuya figura elegante y aire distinguido podian muy bien sufrir sin temor alguno el detenido exàmen de las andaluzas. Si, estas aldeanas son muy lindas; pero yo preferiria una belleza menos rústica.... Todavia no es esto lo que tanto ha enaltecido Germilly.

De repente, Periquillo (que asi se llamaba el mozo) detuvo su mula, y dirigiéndose à Federico, exclamó:

—Oiga! su merce desea ver la And alucia,

pero no se ha servido decirme por dónde hemos de empezar.

—Eso es lo de menos dijo, Federico ; por cualquier parte.. Sin embargo, pláceme dar la preferencia al sitio en que las mugeres sean mas lucidas, mas tiernas, mas amables....

—Jesús! Si en este bendito pais lo son todas.... Yo aseguro á su mercé que no faltarán galantes aventuras!... Ahí cerca está la morada del ricachon Perez, cuya muger es la mas complaciente y provocativa! ahora vamos á pasar por delante de la posada de Garcia: su hija Juanita es tan coqueta como linda.... se pirra por requiebros, y no es muy inhumana.... con los buenos mozos. Allá abajo, en el fondo del valle.... en aquel lugarcillo que se divisa desde aquí.... Oh! allí si que está la flor y nata de lo bueno! Juanita, Maria, Ines!... vivarachas, graciosas y apasionadas.... Ah! tienen unos ojitos y unas.... hay, señor.... qué bueno.

—Hola! buen Periquillo! me parece que

tienes buenas relaciones en este país...?

—Señor , no faltan.... tengo una querida en cada uno de los puntos en que descanso, porque de esta manera sé que mis mulas han de estar bien cuidadas; las dan la mejor paja de Castilla.... qué quiere su mercé? preciso es hacer por estas pobres bestias.... No es verdad zagala? Oh! mi buena zagala!.... tu pie es tan seguro como uno de los pilares de la catedral de Sevilla? Sobre ti he descendido con la mayor confianza las escabrosas montañas de la Sierra. Y tú, Catalana, eres algo perezosa en ocasiones! pero cuando levantas la cabeza con altanería, qué es para ti el fardo mas pesado?....

Apenas bajaron al valle, tomó Periquillo el camino del pueblo que poco antes habia enseñado al francés: pero Federico detuvo á la amarrida Catalana, y dijo al mozo:

—No es mi objeto hacer conocimiento con las seductoras Juanita y Maria.... por manera que me parece lo mas acertado el no

detenernos en ese pueblecillo.... Por otra parte, confieso francamente que desdeño los triunfos fáciles.... No has encontrado alguna casta Susana?.... y no eres de opinion tambien que una plaza defendida á la desesperada hace la victoria mas dulce?

—Jamás he tenido que sostener largos sitios! dijo Periquillo sonriendo con aire satisfecho, y aspirando una gran bocanada de humo. Vamos, zagala, vamos; no has oido que el señor quiere buscar posada en otra parte?.... cuando enderezas las orejas, preciso es avanzar.... pero date prisa que te adelanta Catalana.... voto vá!.... antes de todo un saludo á la Virgen Santísima...?

El mozo acababa de divisar una cierta imágen colocada en un mezquino nicho de madera, en el ángulo del camino que salia del valle. Un hombre estaba proster-nado delante de la estatua. Era jóven; su figura elevada, amarillenta y descarnada, sus montaraces ojos sombreados por espesas

cejas rojas, su cabeza cubierta con un pañuelo negro, su chaleco de paño de mezcla, muy corto sujeto con lazos negros, su largo pantalón sostenido con una encarnada faja, su corbata atada con flojedad y cuyas puntas flotaban sobre su pecho, y en fin, su sombrero chambergo de grande ala prestaba à su figura una espresion estúpida y feroz que contrasta con el fervoroso recogimiento de su plegaria, absorbiendo en tal manera su atencion, que no advirtiera la aproximacion del joven francés y su guia.

El mozo, despues de haber dirigido una corta oracion à la imagen, fué à dar algunos golpecitos en el hombro del devoto que se levantaba entonces.

—Buenos dias, Ornegro.

—Ah!... buenos dias...!

—Acabas de rezar?

—Sí.

—Apostaría cualquier cosa à que adivinaba lo que has pedido à la Virgen....

Ah! pobre Ornegro!... suspirando siempre por tu bella é insensible querida, la alta-nera Mariquita!... imploras el patrocinio de toda la corte celeste para que ablande su corazon....Pero, pobre muchacho, bastante adelantará con tu pasión y tus oraciones!.... Mariquita se rie del amor; y para vencer sus rigores, se necesita un amante mas elevado que tú.... Adios Ornegro; te deseo un buen resultado sin embargo.

El paisano andaluz habia escuchado friamente las chanzas del mozo de mulas, y cuando este se aleja con el francés, tan embebido está en su meditacion, que ni aun responde al adios de Periquillo.

—Imbécil, prosigue el mozo, acercándose à Federico, el amor le ha trastornado la cabeza!.... ni piensa ni sueña con otra cosa que con su amada! Si Mariquita le dijese: arrójate al rio....pasa por medio de esa hoguera! no vacilaria un punto.... y todo eso por qué?... por el menor favor, y acaso por nada.

—Hola! Periquillo, dijo Federico, ya encontramos una hermosa menos fácil de seducir que las que citásteis antes. Quién es esa, Mariquita?

—La hija de un rico hacendado de estas cercanías, que quedó huérfana siendo aun muy niña, y se encuentra joven, dueña de una bonita fortuna, y libre para hacer su voluntad. Oh! bien se ha aprovechado de ella.... se da un tono de señorona... Es muy coqueta, y posee las mas ricas galas.

—Coqueta, y no tiene amor?

—Y qué choca á su mercé? esto estriba en que es muy descontentadiza.... Yo jamás la he hecho el amor.... es linda.... muy linda.... cierto; pero no puedo sufrir á las mujeres que quieren dominarnos... si yo hubiese querido.... estoy seguro.... pero nunca lo he intentado.

Despues de haberse reido de la fatuidad del mozo, Federico preguntó:

—Y ese Ornegro...?

—Oh! es un pobre diablo que ha entrado al servicio de Mariquita por verla à todas horas. Hace de mozo de cuadra, de jardinero y de page.... en una palabra, de todo cuanto quiere.... Os lo he dicho, el amor le volverà tonto, si es que no lo està ya: por lo demás, yo creo que se conoce, y que limita tan solo sus pretensiones à mirar y obedecer à Mariquita hasta en sus menores caprichos.

Federico parecia pensativo. Al cabo de algunos instantes, esclama:

—Periquillo, tengo vivos deseos de ver à esa Mariquita. Vive lejos de aqui?

—No, señor; à una legua escasa, del otro lado del bosque que vamos à atravesar, en un lugarcillo que hay à la izquierda....

—Pero hallaré en dónde hospedarme?... podré pernoctar en él?

—Las posadas son muy raras, pero Mariquita os admitirá con la mejor gana.... y sin que os cueste nada. Oh! es una muger de

corazon grande, generoso! tiene el mayor deleite en hacer un favor!... es rica!... y sabe usar de su fortuna.

—En ese caso andemos; ansio ya ver el objeto de las adoraciones de Ornegro.

Federico hostiga à su mula. Catalana se ve obligada à dejar su pesada y cadenciosa marcha. Cabalgan largo trecho por un espeso y dilatado bosque, y al concluirle, descubre su vista el mas hermoso y pintoresco panorama: à la derecha pasan susurrando las apacibles aguas del Guadalquivir; varias aldeuelas y caserios se elevan en anfiteatro sobre las colinas, plantadas de viñedos, naranjos y olivos. En lontananza, sobre un rico y vistoso fondo azulado se distinguen los numerosos campanarios de Sevilla. En fin, à la izquierda descúbrese una frondosa y halagüeña selva, ante la cual un lugarcillo parece colocado de intento para servir de descanso al viajero.

El mozo indica à Federico una lin-

da casa, situada à su entrada, diciéndole:

—Aquella es la casa de Mariquita.... la mas hermosa del lugar, sin duda.

—Qué pais tan delicioso! exclamó Federico, tendria un placer sumo en detenerme aqui, aun cuando se me recibiese con la mayor frialdad.

Periquillo llega à la casa, se apea y retoza con una criada jóven, que està en la puerta, antes que Federico se hubiese apeado de Catalana.

—Sí, sandunguera Celina, es un señor francés que viaja por conocer nuestro pais, y recibiria gran mercé, si le permitièseis hospedarse en vuestra casa, dijo el atrevido mozo tratando de ponerse al corriente con el tacto de si habian perdido algo de su redondez las formas de la doncella desde su último viaje.

—Quizás cometeré una indiscreciou, dijo Federico, acercándose à ella, pero soy extranjero.... y espero me disimularcis.....

Antes que la criada hubiese tenido tiempo de responder, apareció una jóven en el umbral de la puerta. En su porte elegante y altanero, en su aire de coqueta, y en la gracia de sus menores movimientos, Federico reconoció à Mariquita.

Ella es, en efecto, la que responde al jóven francés con voz entera y armoniosa: No, señor, no habeis cometido indiscrecion alguna. Mi casa es grande, tengo criados para serviros, y podeis permanecer en ella todo el tiempo que gustéis. Entrad, caballero... Periquillo que os den de refrescar.

Federico permanece estático, admirando à la bella andaluza, y reconoce que el elogio del mozo dista aun mucho de la verdad. Mariquita es hechicera, sus negros y rasgados ojos estan llenos de fuego y jovialidad; sus cabellos de azabache, trenzados y anudados con cintas y flores, su graciosa y pequeña boca se halla guarnecida de dos órdenes de perlas; su talle es tan bien formado cuanto

elegante; en fin, su cara no es la de una diquesa, pero sí de mejor gusto, y adornada con mayor primor que las demas de las cercanías, completando el encanto sus tiernas y seductoras miradas.

La bella andaluza conoció al punto el efecto que habia producido en el jóven viagero, y no pareció en manera alguna ofendida. Presentó la mano al extranjero y le hizo entrar en su casa, mientras que el mozo, que ha perdido toda su verbosidad á la vista de Mariquita, permanece en la puerta al lado de sus mulas.

La comodidad y el buen gusto reinan en la habitacion de Mariquita, que hace los honores de la casa con la gracia de una dama cortesana. Conduce á Federico á una sala que da á un hermoso jardin. Una criada anciana le sirve el chocolate; y un criado se presenta para quitarle los botines, creyéndole vestido como los naturales del pais. Federico no se cansa jamás de admirar á Mariquita, que va,

viene, corre y dà órdenes con una vivacidad encantadora; pero se deja ver bien á las claras que desea ser obedecida al instante, y que la paciencia no es su virtud habitual.

A poco llega Mariquita á sentarse al lado de Federico. Habla con facilidad y sencillez; su conversacion es ingeniosa y festiva: por su parte, el joven francés es muy amable. Dice haber venido á España por asuntos propios, mas no confiesa lo que le retiene en ella al presente, aunque no fuera difícil conocerlo; tal es la expresion entusiasta de sus ojos al mirar á la seductora andaluza.

Dos horas han trascurrido: Federico y Mariquita continúan hablando en el mismo sitio; no les ha parecido el tiempo largo. Hay personas á cuyo lado se halla uno tan bien...! y se adivina tan pronto que no se las molesta!

De repente una sombra larga y delgada se deja ver en el jardin, á la que sigue una figura lánguida y triste que se presenta á la

entrada de la puerta, y frunce las cejas al ver al extranjero que está sentado al lado de Mariquita: es Ornegro.

—Ah! has vuelto ya Ornegro? dijo la hermosa andaluza.

—Sí.

—Has ejecutado mi encargo?

—Sí.

—Qué dicen esas pobres gentes?

—Os bendicen por los socorros que les dispensais!

—Su casa acaba de quemarse, no era en mí un deber el socorrerlas?

—Tan hermosa como buena! dijo Federico, quién dejará de adoraros?

—Buena! repitió Mariquita sonriéndose, no mucho.... pero franca al menos.... mas que los franceses, que mienten con tal naturalidad, que dando crédito à lo que dicen preciso es amarlos.

Antes que Federico hubiese respondido, Mariquita advirtió que Ornegro continua-

ba en la puerta, y le dice bruscamente:

—Què haces ahí?... vete.

—Es que... el mozo que ha traído al francés pregunta si marchan inmediatamente, ó tiene alguna órden que darle....

Mariquita mira à Federico y esclama:

—Partir! no, nada os obliga à partir hoy, à lo que me habeis dicho; y ya que pais os agrada tanto, por qué no os deteneis en él algunos dias? Yo os ofrezco hospitalidad; os cantaré nuestras nacionales *seguidillas*, acompañándome de mi bandolin; y vos me contareis vuestras aventuras de París....

—Y qué crédito os mereceràn, habiendo acabado de decir que los franceses no saben mas que mentir?

—Ah! caballero!... bien sabeis que en todo hay escepciones....no era mi objeto ofenderos. Aceptad, para probarme que no deseais engañarme.

—Lo haria, con sumo gusto, pero teme abusar de....

—Vamos, os quedareis. Id á despedir á vuestro conductor; yo voy á mandar arreglar la habitacion que habeis de habitar aqui.

—Federico fué á buscar al mozo, que todavia permanecia á la puerta con Ragaza y Catatana. Le pagó liberalmente, y le dijo:

—Me detengo aqui algunos dias, Periquillo, podeis partir. Si volveis por aqui dentro de algunos dias, acaso os acompañe.

El mozo se sonrió con malicia, y montando en Ragaza, le dijo.

—Comprendo señor, comprendo!.. los hermosos ojos de Mariquita han producido su acostumbrado efecto, y la coqueta se lisongea con vuestra conquista.. Señor, os deseo un resultado feliz; pero no confieis demasiado! por aqui volveré dentro de algunos dias si tengo tiempo.

Periquillo arrea á sus mulas. Entona su cancion favorita, y bien pronto la voz del mozo y el repique de las campanillas se pierden en el espacio.

Federico entró en casa de Mariquita, que le sale al encuentro, y le propone recorrer

el jardín. El jóven francés consiente en ello; ofrece el brazo à su huésped, que lo acepta sin cumplimiento, internándose ambos en las calles de naranjos y limoneros, y en los bosquesillos de rosas y jazmines. Federico está fuera de sí; una mansion encantadora, una campiña embalsamada, un cielo puro, una muger tan linda cuanto ingeniosa, que lleva del brazo, y parece muy afecta à reir, era mas de lo necesario para trastornar la cabeza al jóven francés, que se decia: «No me ha engañado Germilly!....ah!.....cuàn hermosa eres grata Andalucía!...»

Entran en casa, donde està preparada la cena. Mariquita hace los honores de su mesa, con la gracia acostumbrada; y Federico, bebiendo del fragantísimo vino de Málaga, esclama:

—Si me tratais tan bien, amable huésped, no podré decidirme à marchar.

—Bien y qué?... quiere decir que os quedareis.... caballero. Tal vez à primera vista os haya parecido algo ligera, pero os

ruego me concedais vuestra atencion por algunos momentos. Desde muy niña he sido dueña de mis acciones, de mi fortuna: esto ha sido causa de que tenga yo mas resolucion que la que adorna ordinariamente á nuestro sexo. Me gusta hacer lo que quiero, decir lo que pienso. Dicen que soy original, rara, coqueta, qué se yó! pero me rio de todo, y continúo siguiendo los impulsos de mi corazon, de cuya direccion no me puedo mostrar quejosa hasta el presente. Una jóven recibir en su casa á un mancebo extranjero.....tal vez parecerá muy irreflexivo!... Pero si, apesar de mi juventud, tengo la razon y firmeza de la edad madura; si he tenido acierto en juzgar á un extranjero creyéndole incapaz de ofender en manera alguna mi honor, entonces dónde está el mal, y por qué me he de privar de su amable sociedad?

—Podeis estar segura, señora, de que no serè yo quien ponga en duda lo que decís, respondió Federico, algo contrariado con

el tono sério que su huéspedada acaba de tomar. Pero esta vuelve bien pronto á su habitual jovialidad. Se acercan las doce; Mariquita se levanta, llama á una criada, y la ordena conduzca al viajero á la habitacion que tiene preparada. Federico saluda á Mariquita, la besa la mano, y se aleja, no sin volver repetidas veces la cabeza para encontrar nuevamente los hermosos ojos de su huéspedada.

La criada conduce al jóven francés á un pabellon que está al otro lado del patio y enteramente separado del resto de la casa: Federico suspira al considerarse tan lejos: los franceses son tan precipitados en punto á amor, que sin duda se habia lisongeado con una noche mas deliciosa. Preciso es sin embargo que se dé por contento con su pabellon, que es muy lindo. Acuéstase pensando en Mariquita, y se duerme diciendo: «la adoro mas que á todas mis compatriotas! Oh Mariquita, qué podría ambicionar, despues de haberte inspirado amor!»

Al día siguiente, despiértase encantado Federico al considerar que se encuentra en casa de la hermosa andaluza. Baja muy temprano; quisiera hallarse ya al lado de Mariquita, cuya imágen seductora no le ha abandonado durante su sueño. Encuentra en el patio al sombrío Ornegro, que está ocupado en llevar flores nuevas bajo las ventanas de su señora. El español baja la cabeza al ver al francés y no parece muy dispuesto á hablar; Federico le detiene:

—Duerme todavía?

—Quién?

—Voto vá! vuestra ama, la bella Mariquita.

—Sí.

—Entonces voy á pasearme al jardín hasta que se levante.... Vuestra señora es encantadora, y cada vez estoy mas contento de haberos encontrado ayer delante de la imágen; á no ser por eso, ese parlanchin de Periquillo no no me hubiera conducido aquí.

—Ah! Virgen Santísima!

Ornegro no dice mas. Cruza devotamente

los brazos y levanta los ojos al cielo. Federico no estaba allí ya; había ido al jardín à pensar en Mariquita. Su huéspeda se presenta al fin; aun le parece mas hermosa que la vispera. Quizàs el adorno de Mariquita es mas esmerado, mas gracioso; bien se deja conocer que no es su designio desagradar al jóven francés. Este pone en juego todos los resortes para seducir, para cautivar; el dia se pasa en paseos, mùsica y conversacion. Mariquita canta con gusto, con espresion; Federico tiene voz dulce y gran ejecucion; pláceles mas oirse respectivamente que cantar. Les parece tan corto el tiempo!

Otros dias suceden à este. Federico ha manifestado su amor, fatigado del ningun efecto de sus ojos. Mariquita se rie de su tierna declaracion. Este se ha arriesgado à robar algunos ligeros favores; Mariquita se ha mostrado severa, y Federico, que realmente la ama, ha perdido toda aquella audacia que tan buenos resultados daba en Paris. Se desespera, jura que morirá si no es correspondi-

do de Mariquita; se entristece, no hace mas que suspirar, se parece casà i Ornegro; y la coqueta rie siempre que la refiere sus tormentos.

Un dia, Federico toma ó finge tomar una resolucion; preséntase á Mariquita en trage de viaje, y la dice:

—Señora, vengo á daros el último adios... parto inmediatamente.

Mariquita no rie como en otras ocasiones. Palidece, se turba, pierde la serenidad y murmura al fin:

—Por qué partís?

—Porque os adoro.... vuestra presencia aumenta el amor en que me abraso, y debo huir de vos, ya que no puedo con mover tan endurecido corazon.

—Oh! no os marcheis? responde Mariquita con voz trémula, y bajando sus hermosos ojos para ocultar lo que espresaban.

Federico se acerca á la gentil andaluza, se apodera de una de sus manos, y colocándola sobre el corazon, la dice:

—Preciso es que me aleje.... sino te-

neis compasion de los males que causaís.

Mariquita permanece largo tiempo sin hablar, pero no ha retirado su mano de entre las de Federico, que la cubre de besos; por último, levanta sus ojos del suelo, y los fija en él, de una manera singular; se diria que querian leer en el corazon del francés; le responde con un tono casi solemne:

—Decís que me amais?... pero es cierto?... no tratais de engañarme?... Sabeis que si llegase à amar alguna vez, seria para toda la vida?... Que necesito un corazon que comprenda el mio.... un alma de fuego que armonice con la mia?... Que el amor en mí no seria un capricho, sino que constituiria la felicidad de mi vida ó me daría la muerte...? Hasta ahora habiame burlado de esta passion.... aunque presentia que jamás amaria á medias.... Dios mio! para qué habeis venido à este pais.... acaso para mi desgracia?... Será para hacerme conocer ese amor que habia soñado tantas veces?... Federico, sino me amais mas que por pasatiempo, si pretendéis

abandonarme despues de haber dominado este corazon hasta ahora insensible, ah! marchad, marchad.... no permanezcais por mas tiempo al lado de Mariquita.

Federico no responde à la bella española mas que echándose à sus pies, tomando al cielo por testigo de la sinceridad de su amor, y jurándola que su mayor felicidad consistirà en sacrificarla su existencia.

Mariquita mira tiernamente al jovón francés; no es ya la coquetería y la malicia las que brillan en sus ojos; es un fuego nuevo, es la voluptuosidad, es el amor; y de sus labios se escapan estas dulces palabras:

—Yo tambien os amo...

Federico no puede contenerse, su delirio ha llegado al estremo; estrecha à Mariquita entre sus brazos, contra su corazon: ella no resiste sino con debilidad à sus trasportes.... Ornegro se presenta à la entrada de la habitacion.

—Qué quieres? dice Mariquita separándose de los brazos de Federico.

—El mozo que sirvió de guía al señor francés está ahí.... à la puerta de casa.... y pregunta, si quiere partir con él el extranjero.

—Partir!... es aun ese vuestro deseo? dijo Mariquita mirando tiernamente al jóven.

—Oh! seguramente no, esclama Federrico.

—Pues bien! vamos à despedir al mozo.

Mariquita se agarra al brazo de Federico; este, maldiciendo al mozo y à Ornegro, sigue à su hermosa querida. Hallan à Periquillo delante de la casa, acariciando à la Ragaza y Catalana. El mozo hace un ligero gesto al ver la manera familiar, el tierno abandono con que Mariquita se apoya en el brazo del francés.

—No te necesito por ahora, Periquillo, dice Federico con aire de triunfo, fácil de interpretar. Me hallo muy bien aqui para pensar en marchar.

—Lo entiendes Periquillo, prosigue Mariquita. Cuando pases por aqui, creo sea inútil te detengas.... el caballero francés se establece en Andalucía.

—Puede ser!... dijo Periquillo, pero bastante bajo para poder ser oído. Y después de haber visto el fondo de un vaso de rico vino que Mariquita le hizo traer, montó en su mula, se sonrió con el francés, saludó à Mariquita, y continuó su camino.

En el resto del día, los amantes se repitieron los mas dulces juramentos. Llegada la noche, condujo Federico à la espesura à su bella querida, donde gozaron los mas tiernos placeres.

Esta vez no vino Ornegro en mal hora à interrumpirlos.

Corrieron algunas semanas: el amor continuaba habitando en la morada de Mariquita, donde es adorado Federico por la bella andaluza, cuya pasión parecia acrecer de día en día. No se separa de ella un instante sin que sus ojos le busquen con ansiedad; cuando está à su lado, sus brazos le estrechan sin cesar, sus manos le acarician, y su boca le prodiga los nombres mas dulces.

Los criados de la bella andaluza se afanan por prevenir sus menores deseos; y como la voluntad de Mariquita es que su amante sea respetado y servido como ella misma, de aqui el encontrarse satisfechos hasta los caprichos del jóven francés. Ornegro se somete como los demas, y sirve sin murmurar á Federico, aunque sus ojos parecen mas sombríos y su figura mas siniestra siempre que vé al feliz amante de Mariquita.

Pero dónde tiene colocado su trono la constancia?... ciertamente no es en el corazon de un jóven francés. Federico, que habia obtenido cuanto deseaba, que habia inspirado la pasion mas violenta á una muger que no supo hasta entonces lo que era amor, sentia al presente disminuir el suyo; continuaba tierno, amable, pero empezaban á parecerle largos los dias. Mariquita es muy seductora, pero la vé sin cesar.... y nada mas que á ella sola; pues le está prohibido hasta mirar á las demás jóvenes; en una

palabra, este país, que algun tiempo antes le habia parecido el Eden, la tierra prometida, le habita ahora con indiferencia, y aun suele suspirar en silencio, pensando en Paris!.... esta perversa ciudad donde se encierran tantas mugeres pèrfidas!... pero donde se divierte uno tanto.

Maria habia sorprendido muchas veces pensativo á Federico, y aun á su mismo lado distraido; al instante los negros ojos de la ardiente andaluza se fijaron con ansiedad en los de su amante, y le dijo:

— Qué es lo que te ocupa.... qué te inquieta?.... No eres ya feliz á mi lado? dudarás de mi ternura?.... Ah!.... habla... ordena.... nada hay en el mundo que no sea capaz de hacer por tí.

Pero Federico no podia dudar del amor de María, y quizás fuera esa la causa de su tédio. Cuán ingratos somos!... una felicidad positiva nos cansa: hácenos falta, la inquietud en el amor, la incertidumbre en la amistad.

Federico iba con frecuencia á pasearse, ó á

tomar el fresco al camino que pasaba por delante de la casa. Entonces sus ojos vagaban en todas direcciones.... miraba si por casualidad se presentaba Periquillo, pues esto hubiera dado motivo para hacer un pequeño viaje: pero el mozo de mulas no parecía, y el joven francés sacudía la cabeza murmurando.

—Ha tomado al pie de la letra lo que le dije.... Sin embargo debiera haber adivinado que no era mi objeto encerrarme aquí por toda la vida.

En fin, cierta mañana, acercándose Federico á su linda querida, y dando visibles muestras de embarazo, aunque con el firme propósito de llevar á cabo su proyecto, dijo á Mariquita, con la vista fija en el campo:

—Mi querida amiga.... es forzoso.... que concluya de arreglar mis asuntos....

—La andaluza mira á Federico; sus ojos de fuego se clavan en su amante y responde:

—Cómo?... qué asuntos son los que tienes que arreglar?

—Los que me llamaron á este país.

—Creo haberte oído decir que estaban terminados.

—Sí... aquí... en España... pero en Francia... en París... tengo que avistarme con muchas personas....

—No puedes escribirías?

—Oh, no es lo mismo.... es absolutamente necesaria mi presencia en París... pero tranquilízate, Maria, volveré.... Oh! trataré de arreglarlo inmediatamente para volver cuanto antes á tu ladote amo tanto...!

Maria palideció; cogió la mano á su amante y exclamó:

—Federico, me engañas...?

—Ah! Maria, qué idea?

—Ya no me amas....

—Te adoro como siempre.

—Y deseas abandonarme?

—Por poco tiempo.

—Me habias prometido, bajo juramento, que no me abandonarías jamás....es asi como cumples tu palabra?

—Pero....

—Te habia prevenido que el amor no era para mi una pasion efimera... que, en cambio de mi reposo, necesitaba un corazon que solo latiese para mi.... Ah! Federico, me habré engañado...!

—No, te amo siempre... pero tengo asuntos pendientes en Francia....

—Iré contigo.

Esto no entraba en los planes del jóven francés, y como no esperaba en manera alguna esta respuesta, se turba y dice:

—No quiero que por mi causa abandones à tu hermoso pais.... tu presencia es aquí necesaria... Por otra parte.... yendo solo, viajaré mas aprisa.... estaré mas libre.... y mucho antes de vuelta.

—María no quitó su vista de Federico; una sonrisa amarga asoma à sus labios, y esclama:

—Partid, pues, solo... veo cuán inútil es tratar de reteneros.... Cuándo pensais abandonarme?

—Esta tarde, cuando el sol toque á su ocaso, marcharé á la ciudad vecina... que dista, segun me han dicho, una hora de aquí. Tomaré allí caballos... y algun carruaje, si encuentro.... Cuando se ha tomado una resolucion , por penosa que sea... es necesario siempre darse prisa á llevarla á cabo...

—Basta... voy á dar las órdenes para que todo esté dispuesto.

—María se alejó. Federico esperaba lágrimas, gritos, largas súplicas para retenerle: no podia creer que su querida se conformase tan pronto. Se felicita de estar terminado el asunto con solas algunas palabras de reconvencion. Sin embargo, bien habia visto que la bella andaluza contenia por orgullo las lágrimas prontas á correr y casi tuvo remordimientos.

—El sol se habia puesto; todo estaba pronto para la partida del francés. Antes de alejarse de esta morada hospitalaria, centro en otro tiempo de su felicidad, se dirigió á sentarse por última vez con María deba-

jo de la espesura, en donde tantas veces fuè feliz. Allí, no pudiendo María contener por mas tiempo su dolor, rodea con sus torneados brazos el cuello de su amante, le estrecha contra su corazon, fija sus rasgados ojos en los del mancebo, y le dice con voz desgarradora:

—No me abandones.... quizás sea esto causa de tu desgracia....

Federico està perplejo... vacila algun tiempo y responde por último:

—Preciso es ir à Francia.

En este momento un movimiento extraño agita el follaje. Vuelvese el francés y no ve à nadie. Pero María se habia levantado ya. Enjugó las lagrimas que en tropel asomaban à sus ojos, y dijo con tono resuelto:

—Partid, pues... no trato de deteneros por mas tiempo.

—La hermosa andaluza se aleja velozmente al acabar de decir estas palabras. Federico, aunque algo sorprendido de una despedida tan brusca, juzga mas prudente el

no prolongar esta conversacion. En el patio estaba una criada con su maleta y una mula ensillada, la que debia dejar en la ciudad vecina, adonde iria à buscarla Ornegro. Federico creia que el silencioso criado le serviria de guia, pero habianle dicho estaba ausente.

Federico se puso en marcha, dejando ir al paso à su cabalgadura. Debia, para ir à Andujar, atravesar el bosque que en otro tiempo pasó en direccion opuesta con Periquillo; apenas habia dado trescientos pasos en él, cuando retumbó en su oido el estruendo de un arma de fuego. Se siente herido en la cabeza, vacila, cae, y su mula se pone à pacer la yerba à su lado.

Federico no perdió el conocimiento, pero conoce ser necesario el auxilio de otro para salir del bosque. Felizmente no tardan en pasar algunos aldeanos. Reconocen en el joven viajero al huésped de Mariquita, y se dan prisa à ofrecerle sus servicios. Le vuelven à llevar à casa de la bella andaluza

que, á la vista de su amante herido, parece olvidar su ingratitud, y se apresura á prodigarle los mas tiernos cuidados.

La herida de Federico no era grave, pero dos postas que le habian atravesado la mejilla, hacian temer afease por toda su vida su agraciado rostro una gran cicatriz. El mancebo se hace llevar un espejo; y suspira dolorosamente, diciendo:

—Tendré un costuron en el rostro...! estaré completamente desfigurado.

—Yo te encontraré siempre el ser mas hermoso! Te amaré todavia mas, si es posible! esclama Maria, estrechando entre las suyas la mano de su amante. Pero esta prueba de amor no consuela del todo al oven.

A los quince dias estaba Federico enteramente restablecido: salió del paso con un costuron en la mejilla, Maria le jura ser siempre el mas apuesto mancebo: y vuelven á su angelical rostro la alegria y los colores, pues cree que su amante no piensa ya en marchar; pero

cierta mañana anunció Federico su partida.

La frente de la andaluza tornase severa y recelosa.

—Persistis todavía en partir? dijo; ya habéis visto, Federico, que eso os acarrea desgracias!...

El joven ríe al ver los temores que asaltan á Maria: atribuye á la torpeza de algun cazador el suceso del bosque; y en efecto, mientras estuvo tendido en tierra, ninguno trató de robarle. Hace sus preparativos de viaje, diciendo alegremente: «Esto no será por cierto causa de que deje de ir mañana por el mismo camino »

Maria contiene sus lágrimas y ruegos, pues conoce su inutilidad para variar la resolución de Federico; y á la caída de la tarde del día siguiente, el joven francés se puso en camino montado igualmente en mula. Diríjese al bosque, sin que el recuerdo de su última aventura le cause temor alguno, y solo de vez en cuando se le oye suspirar, acariciando con la mano su desfigurada me-

jilla, y exclamando: «torpe! .. tomarme por un corzo... quizá por una liebre... pero felizmente estas cosas no suceden dos veces...!»

Sin embargo, apenas habia entrado en el bosque, siente Federico por segunda vez la detonacion de un arma de fuego, y una bala viene á hacer pedazos su rodilla antes de darle tiempo para volverse del lado de donde partió el tiro.

Federico no cae de su cabalgadura: á pesar de horribles dolores, vuelve brida y tiene la resistencia suficiente para llegar á casa de Maria.

Alli es de nuevo metido en la cama y cuidado con un desvelo maternal; Maria se desvive por aliviar sus dolores, cubre de lágrimas el rostro de su amante y al verlo este exclama: «un amor tan tierno disminuye en parte el horror de mi desgracia.»

Esta vez la herida de Federico era grave; le obligó á guardar cama por espacio de seis semanas, y euando se levantó notó que su rodilla habia perdido su juego, y que cojearia toda su vida.

Qué desesperacion para un joven à quien se citaba por su gracia, presencia y gallardía! El pobre Federico se arroja en una silla con aire consternado exclamando: «Ah! no era bastante el tener una enorme cicatriz.. al presente cojeo tambien...Cuán desgraciado soy!»

María estaba siempre al lado de su amante para consolarle.

—Qué importa que cojees? le dice, eres acaso menos amado... al contrario, eso te dá á mis ojos un aire mas interesante. Ah! Federico, mi amor te indemnizara de todas esas miseras ventajas, y te probará que no eran ellas su causa.

Apesar de esto, Federico continuaba quejándose, estaba triste y suspiraba à cada momento.

Trascurrieron algunas semanas. Federico se resolvió por último à cojear, pero una espresion de malicia infernal se pintaba en el rostro de Ornegro cuantas veces veia al joven frances arrastrando su pier-

na al andar. Federico se decia interiormente: «Mi desgracia no parece haber apesadumbrado mucho á mi rival.»

Por último, cierta noche hace presente Federico á Maria que al dia siguiente se pondria en marcha por tercera vez.

—Cómo! esclama la española, no habeis renunciado todavía á la idea de abandonarme!... Ah! Federico; bien habeis podido conocer que el cielo se opone abiertamente á vuestra partida.

—No puedo creer sea el cielo el que me ha herido dos veces, dijo Federico, por lo demas mañana no aguardaré á la noche para ir á la ciudad, y si posible es, ni aun pasaré el bosque, á menos que me deis por acompañante á uno de vuestros criados.

—Bien! dijo Maria, Ornegro os acompañará. Mas Federico, pensadlo maduramente antes de partir... y no desprecieis mis presentimientos.

Federico estaba decidido á volver á Francia: empezaba á disgustarle la Andalucía.

Al día siguiente se puso en marcha, seguido de Ornegro, que iba armado hasta los dientes. El silencioso español se mantenía siempre á una gran distancia del francés, y no respondía sino con monosílabos á las preguntas que le dirigía Federico, hasta que cansado este de no recibir contestacion categórica, espoleó á su mula y cesó de hablarle.

Al ir á penetrar en el bosque, notó que Ornegro habia desaparecido; llámale y no recibe respuesta: le ha parecido, sin embargo, oír delante de él el trote de un caballo; y persuadido de que va á encontrar á su guía, se decide todavía á entrar en el bosque tan fatal para él. Avanza, llamando á su criado, pues mas de una vez ha creído ver su sombría figura al través de los árboles. Pero bien pronto se deja oír la detonacion acostumbrada: silva la bala, y va á herir á Federico en el ojo derecho; cae cubierto de sangre, y esta vez pierde enteramente el conocimiento.

Cuando volvió en sí el joven francés, se en-

contró en el aposento que ocupaba en casa de María. La linda andaluza está sentada à la cabecera de su lecho, donde parece esperar con ansiedad que vuelva à la vida.

—Dónde estoy?... pregunta el mancebo con voz doliente.

—En vuestra casa. Habeis sido herido por tercera vez: Ornegro estaba à vuestro lado en el momento de la caída, y él fué quien buscó algunos aldeanos para que os trasportasen aquí.

—Ah! Dios mio! siempre herido!... qué fatalidad! Pero han sido descubiertos mis asesinos?

—No... nada se ha podido descubrir todavía....

—Sabeis que vuestro Ornegro me ha servido muy mal de guia!... si no se hubiera separado de mí, quizás no hubiera tenido lugar este suceso.... Maria.... estais bien segura de ese hombre?

—Oh! como de mí misma....

—Entonces mis sospechas son injustas y

empiezo à creer que teneis razon. El cielo se opone à mi partida, y no quiere que en manera alguna os abandone ...! Pero esta herida.... Gran Dios! habré perdido....

—Un ojo! si, tierno amigo....

—Tambien tuerto ...! Ah! es cosa de morir!

—No, Federico, no morirás, porque Maria te ama como el dia en que cedió por primera vez à tus trasportes. Oh! no la abandones y à fuerza de amor y ternura sabrá hacer-te olvidar tus desgracias.

Federico tardó mucho tiempo en curarse de esta última herida. Cuando se levanta y mira por primera vez, se encuentra horrible y dice entre sí: «No, ciertamente.... no puedo volver à Francia.... todas las mugeres me huirán ahora que estoy tuerto, con costurnes y cojo...! y ya que hay una que me ama à pesar de todo, quedemos à su lado, que será el partido mas prudente.»

Quando Maria supo la resolucion de Federico, su alegria rayo en delirio; no encontraba espresiones asaz tiernas para pintar su

amor, su felicidad; y el mancebo, conmovido al ver un cariño tan verdadero, trata de decidirse y olvidar la Francia.

Federico estaba frecuentemente melancólico; pero Maria era tan amorosa, tan tierna, tan buena para su amante, que este la ocultaba su tedio.

Cerca de un año habia trascurrido desde que el francés estaba en casa de Maria. Cierta dia para distraer à su amante, propónele Maria asistir à una partida de caza. Armasse ella de una escopeta de señora. Parten seguidos de algunos criados. Pero mientras Federico derriba las liebres, Maria se detiene y apoya imprudentemente sobre el cañon de su escopeta; un movimiento brusco hace partir el tiro. La bella andaluza, herida en el pecho, cayó pronunciando el nombre de su amante.

Federico acude y se desespera; su querida le tiende una mano desfallecida. Transportan à la joven à su casa, donde se la suministran todo género de socorros; pero en va-

no, pues el médico había declarado que la quedaban cortos momentos de existencia.

Maria conoce su estado: y ruega la dejen sola con Federico; entonces, reuniendo las cortas fuerzas que la quedaban, dijo à su amante, que llora y se entrega à la desesperacion:

—Amigo mio.... voy à morir.... en este instante sublime es preciso decir la verdad... querias abandonarme... yo no podia vivir sin ti... yo soy quien te ha puesto en ese estado...

—Gran Dios! esclama Federico, deseabas asesinarme...!

—Oh! no, mi caro amigo; solo deseaba impedir tu marcha, asi encargaba à Ornegro... te hiriese solo ligeramente.

—Ornegro... cómo... ese... miserable...!

—Obedecia mis órdenes... él mismo se hubiera dado muerte, si yo se lo hubiera ordenado... Federico, perdoname... te amaba tanto!... Ah! jamás encontraràs muger que te ame como Maria...!

La bella andaluza cerró los ojos para siempre. Federico no estaba muy triste; la confesion que se le acaba de hacer ha disminuido los pesares que experimentaba al perder á Maria. Busca á Ornegro, queriendo al menos vengarse de este hombre, que tan bien secundaba las pasiones de su querida; pero al saber la muerte de aquella á quien habia consagrado su vida, Ornegro se habia arrojado en el Guadalquivir.

—Vaya un amor singular el de estas gentes, dijo Federico: ahora ya no creo haya nada que me detenga en este país.

Algun tiempo despues paseábase Federico por los boulevards de Paris; una venda negra cubria su ojo derecho, pero la cicatriz de la mejilla iba descubierta, y no podia disimular la cojera.

Un hombrecillo se acerca á él: es Germilly que esclama:

—Dios mio querido, quién te ha puesto asi?.... en qué país has estado para dejarte hacer la anatomia en vivo.....!

—En la deliciosa Andalucía.... que tanto me habias elogiado.... donde las mugeres son tan bellas.... tan amorosas....

—Vamos! bien veo que tratas de chancarte.... yo he estado alli y he vuelto intacto.

—Ah! nadie se tomaria el trabajo de impedir tu marcha por fuerza ..! Es una reflexion que debiera haber hecho antes.... pero he adquirido esperiencia à gran precio....! hay ocasiones en que la fealdad es la mejor salvaguardia....!

—No te comprendo!... acaso no has encontrado encantadoras à las andaluzas....?

—Sí... pero basta... estoy por las parisienses. Engañan con frecuencia, es verdad; pero prefiero mil engaños en París, al mas frenético amor en Andalucía.

FIN.

m/s

UNIVERSIDAD DE CADIZ



3740344576





